

# EL AMBIENTE MUDEJAR EN TORNO A LA REINA CATOLICA Y EL ARTE HISPANOMUSULMAN EN ESPAÑA Y BERBERIA DURANTE SU REINADO

por

LEOPOLDO TORRES BALBÁS

## I. ANDALUCÍA Y BERBERÍA

**D**URANTE gran parte de la Edad Media, la España musulmana y el norte de Africa vivieron en íntimo contacto. En la época más brillante del califato cordobés, la política de Abd-al-Rahmán III fué de expansión por las tierras del otro lado del Estrecho de Gibraltar. Posteriormente, bajo almorávides y almohades, ocurrió el hecho contrario: los africanos, bereberes del desierto los primeros, de las montañas del Atlas los últimos, pasaron a la Península para unirla a sus territorios del Magrib. Al ser al-Andalus país de más vieja e intensa civilización que éstos, muy superior en número, densidad y cultura de sus ciudades, lo mismo que en desarrollo comercial e industrial, los elementos directores de las dos dinastías africanas se hispanizaron rápidamente. El desenvolvimiento artístico de Berbería tuvo lugar hasta el siglo XII bajo la doble influencia de Ifriqiya y de la España musulmana; a partir de esa fecha, fué la última la predominante y casi única.

El reino granadino, desde fines del siglo XIII, en el XIV y aun en plena decadencia en el XV, siguió siendo en muchos aspectos, entre ellos en el artístico, inspirador de los norte-africanos. Han sido estudiadas las relaciones políticas entre unos y otros, pero no detalladamente las artísticas. Respecto

a éstas, coinciden los últimos períodos—el siglo xiv—de brillante creación en Granada y en el Magrib: a la par que la Alhambra, se levantaron en Fez, en Marraquex, en Salé, en Mequinez, en Tremecén, espléndidos edificios que acompañan y completan dignamente al famoso palacio andaluz. A la languida vida del reino granadino en el siglo xv y a su desaparición final, corresponde en Marruecos un largo período de impotencia artística, que, salvo brevísimas etapas, ha perdurado hasta nuestros días. La Historia muestra, pues, que el arte marroquí alcanzó su período más brillante, su máxima cumbre, bajo la influencia andaluza y que al apagarse el foco de Granada desapareció su reflejo en tierras africanas.

## II. MUDEJARISMO CORTESANO

Pretendo evocar, en esta conferencia del ciclo de las dedicadas a las relaciones de la reina Isabel con el norte africano, el ambiente de civilización hispanoislámica, común durante parte de la Edad Media a la Península y a Berbería, más o menos alterado en la primera por su coexistencia con la occidental, ambiente con el que tuvo contacto a través de su vida la soberana. no tan sólo en las campañas granadinas, sino desde la misma cuna y en el áustero solar de la vieja Castilla. No pretendo sacar consecuencias de ese hecho para la biografía, más o menos psicológica de la reina; sí tan sólo señalar uno de los aspectos del medio en el que se desarrolló su vida.

Para llegar a comprender lo más posible un momento histórico, para intentar revivirlo, no basta la exposición de los hechos políticos. La realidad es infinitamente rica y variada, y, en nuestra imposible pretensión, teñida por ello siempre de melancolía, de evocar un momento, más o menos dilatado, del pretérito, la exposición de los hechos políticos, tan sólo proporciona un aspecto parcial y fragmentario de él, que debe complementarse con el estudio del escenario o lugar donde se realizaron, de las ideas y valores que contribuyeron a engendrarlos y de las formas vitales en que encarnaron.

Veamos someramente el ambiente mudéjar que rodeó a la

reina católica ; repito que no fué único, ni preponderante, pero prescindiendo de él quedaría incompleto el cuadro de su vida.

En lo que se refiere a la cultura libresca y erudita, nada o casi nada pudo representar para la soberana la civilización hispanoislámica. Contribuyó a ello la diferencia de idioma, pero también el ser ya entonces una cultura del pasado, muerta. Los moros súbditos de Castilla y Aragón eran gentes humildes, labradores y obreros manuales en su inmensa mayoría ; los musulmanes del reino granadino, representantes últimos de una tradición cultural casi extinta, pasaron allende, emigraron a Africa, y tan sólo quedaron en la Península moros tan indoctos como los mudéjares habitantes de antiguo de los reinos cristianos. La civilización hispanomusulmana, que durante los siglos x al xii contribuyó en no escasa medida al renacimiento cultural de Occidente, quedó durante siglos ignorada por la inmensa mayoría de las gentes, hasta que bien entrado el siglo xix la labor benemérita de varios arabistas hispanos y de algunos extranjeros, logró extraerla de olvido plurisecular. Para muchos ingenios españoles desde el siglo xv hasta casi nuestros días, Cervantes y Lope de Vega entre ellos, islamismo era sinónimo de incultura y rudeza : esa palabra evocaba modestísimos labriegos, albañiles y carpinteros sin más preocupación ni horizonte que el de su humilde tarea diaria, cuando no la crueldad y la barbarie de turcos y piratas berberiscos, asoladores de las costas levantinas y meridionales de la Península.

Durante la niñez debió de tener la después reina Católica contacto con musulmanes en la Corte de su hermanastro el rey Enrique IV, en la que residió, en unión del príncipe don Alfonso, de 1461 a 1467, de los diez a los dieciséis años.

En 1466 estuvo en esa Corte el barón bohemio León de Rosmithal, y su acompañante Gabriel Tetzal, patricio de Nuremberg, dejó, en su relato del viaje, un cuadro, tal vez excesivamente recargado, de la afición regia por los musulmanes. Describe a Enrique IV rodeado de moros, supeditado a ellos y por ellos dominado con perjuicio de los cristianos, a muchos de los cuales había expulsado de la Corte, y despojado de sus tierras en beneficio de los islamitas. En la audiencia concedida en Segovia a Tetzal y a algunos de sus compañe-

ros de viaje, el rey estaba «sentado en tierra, sobre tapices, a la usanza morisca»; «come, bebe, se viste y ora—dice Tetzel—a la usanza morisca y es enemigo de los cristianos; quebranta los preceptos de la ley de gracia y lleva una vida de infiel» (1).

Según el cronista Palencia, Enrique IV «desdeñó... toda regia pompa en el cabalgar, y prefirió, a usanza de la caballería árabe, la jineta, propia para algaradas, incursiones y escaramuzas, a la más noble brida, usada por nosotros y por los italianos, respetable en la paz e imponente y fuerte en las expediciones y ejercicios militares» (2). El mismo apasionado cronista critica la decidida inclinación del monarca hacia los moros, cuyo séquito aumentó, alcanzando sus trajes tal aceptación, que a Enrique IV era más grato el que mejor los imitaba (3). En carta de su hermanastro el príncipe don Alfonso al concejo de Burgos, que en términos parecidos dirigió a todas las autoridades del reino, leída en sesión municipal de 17 de agosto de 1465, se dice que el rey ha «sostenido a los moros enemigos de la fe católica, trayéndolos consigo, hospedándolos en su palacio y dotándolos con doble sueldo que a los cristianos»; ésa fué una de las razones, afirma don Alfonso, es decir, los que manejaban al joven príncipe, de haber desposeído del reino a don Enrique y jurado a él en su lugar (4). Los prelados, ricos-hombres y caballeros sublevados contra Enrique IV, dirigieron a éste una representación, fechada en Burgos el 28 de septiembre de 1464, acusándole, entre otros agravios, de tener en su palacio, junto a él, infieles enemigos de la fe católica; de haber hecho tibiamente guerra a los musulmanes, con los que mantenía en secreto estrechas

---

(1) *Viajes por España* de Jorge de Eginghen, del barón León de Rosmithal de Blatna, de Francisco Guicciardini y de Andrés Navajero, traducidos, anotados y con una introducción por D. Antonio Mara Fabié, «Libros de antaño», VIII (Madrid, 1879), pp. 165-167.

(2) *Crónica de Enrique IV*, escrita en latín por Alonso de Palencia, trad. cast. por D. A. Paz y Melia, tomo I (Madrid, 1904), p. 12.

(3) *Ibidem*, tomo I, pp. 210 y 216.

(4) *Los Reyes Católicos y la ciudad de Burgos*, por el Rdo. P. Luciano Serrano (Madrid, 1943), pp. 67 y 88.

amistades, y traído gentes de moros en su compañía, en guarda de su persona, haciéndoles grandes mercedes y pagándoles el sueldo doblado que a los cristianos (1).

Cuando más adelante se diga la importancia alcanzada por los moros que vivían bajo el dominio cristiano, en la España del siglo xv y del primer cuarto del xvi, parecerá menos extraño el mudéjarismo de la corte castellana de Enrique IV. Moros eran entonces la mayoría de los maestros, albañiles y carpinteros que construían las modestas casas de las gentes humildes y los palacios de los grandes señores; moros, los carpinteros que levantaban los cadalsos—entramados, tablados y tribunas de madera—para las obras militares, ceremonias y desfiles; moros, los que fabricaban las máquinas guerreras, utilizadas para el asedio de castillos y ciudades muradas; moros, muchos de los tejedores de ricas telas de lino y de seda, de los tapiceros, de los armeros, de los alfareros... A alegrar las fiestas de los palacios de la nobleza acudían bailarines y músicos moros.

Todos los extranjeros llegados a España en el siglo xv y en los primeros años del xvi y que han dejado relación de sus viajes, desde el citado alemán Tetzels en 1466 hasta el embajador veneciano Navajero en 1525-1526, muestran su asombro, que llega a veces hasta el escándalo, por el gran número de musulmanes que poblaban la España cristiana, extrañeza y condenación compartidas por dos monarcas de otras tierras, Felipe el Hermoso y Francisco I de Francia.

La conducta de la reina Isabel para con los musulmanes españoles, mudéjares y moros granadinos, no estuvo teñida de animadversión ni de ensañamiento; fué siempre justa y humana. En las campañas andaluzas tuvo ocasión de tratar a muchos de los últimos, de todas las clases sociales. Los hijos del Zagal, monarca por algún tiempo de Granada, tío y rival de Boabdil, convertidos al cristianismo y apadrinados por los soberanos de Castilla y Aragón, vivieron en la corte de éstos y gozaron de su amistosa protección; en enero de 1495 los

---

(1) *El cronista Alonso de Palencia*, por A. Paz y Melia (Madrid, 1914), páginas 60-69.

encontró Münzer en Madrid, en donde entonces estaban los reyes (1).

A petición de la aljama de los musulmanes burgaleses, la soberana prohibió en 1481 que nadie bautizase a los hijos de corta edad de sus moradores contra la voluntad de sus padres; mandó que se dejase vivir a los moros en sus casas de la ciudad castellana con entera independenciam y respeto por parte de los restantes vecinos de Burgos y acogió bajo su protección real a cuantos moros residiesen en ella y sus arrabales, conminando con la confiscación de bienes y el destierro al cristiano que los perjudicase (2).

Estando en Granada los soberanos, en 1499, escribieron una carta al cadí mayor de la Garbía, es decir, del occidente del antiguo reino granadino, asegurándole que su «voluntad nunca fué, ni ha sido, ni es, que ningún moro torne cristiano por fuerza», y dicen desear que «dos moros nuestros vasallos sean asegurados e mantenidos en toda justicia como vasallos e servidores nuestros». Durante esa su última estancia en Granada, Isabel no cesó de recomendar a los oficiales reales que con sus mediaciones dulcificasen el trato cada vez más difícil entre gentes de distintas creencias, lengua y costumbres (3).

### III. CIUDADES MUDEJARES

La estructura islámica de las ciudades andaluzas conquistadas por los Reyes Católicos—Granada, Málaga y Almería, las principales—, lo mismo que la de los núcleos de población más reducidos, no ofrecía para ellos gran novedad ni podía causarles extrañeza por lo insólita; toda la mitad meridional de la Península, y el reino de Aragón, conservaban a fines del siglo xv gran parte de su disposición urbana anterior a la reconquista, aunque ésta, como en el caso de Toledo, fuese ya vieja de cuatro siglos. En algunas se mantuvo hasta bien

(1) Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal*, 1494-1495, trad. López Toro (Madrid, 1951), p. 107.

(2) *Los Reyes Católicos y la ciudad de Burgos*, por el Rdo. P. Luciano Serrano (Madrid, 1943), pp. 188-189.

(3) *La reina Isabel, fundidora de España*, por Félix de Llanos y Torriglia, segunda edición (Barcelona, 1949), p. 230.

entrado el siglo XIX, prueba de la adaptación de los conquistadores al molde de vida de los vencidos.

Revelaba el islamismo urbano la existencia en varias ciudades de las regiones citadas de unas pocas calles principales que unían las puertas de la cerca y las comunicaban con el centro religioso, administrativo y comercial, donde estuvo la mezquita mayor, sustituida por la catedral o iglesia más importante; las muchísimas callejuelas, angostas, tortuosas y sin salida, que acometían a las principales—aún subsiste el trazado de algunas en Toledo, Córdoba, Sevilla, Málaga, Tudela y otras ciudades—; los arquillos de ingreso a barrios y calles, que permitían cerrarlos de noche, cuyo recuerdo queda o quedaba hasta fecha no muy lejana en el nombre de esas vías; los pasadizos contruidos por encima de las calles, uniendo las plantas altas de las casas fronteras y dando a aquéllas nombre de «encubiertas»; los ajimeces, balcones volados de madera, abundantes en Andalucía, y que aún se construían a comienzos del siglo XVI en Toledo, Córdoba y Sevilla, aumentando la lobreguez de las calles. Herencia islámica era también la falta de plazas mayores en la mayoría de las ciudades andaluzas y en varias de las Mesetas castellanas, cuya construcción, con los consiguientes derribos, empezó en el reinado de los Reyes Católicos. A idéntica tradición respondía el aspecto de los muros exteriores de las viviendas, desnudas, con escasos y muy reducidos huecos. En su interior, desde el zaguán, con la puerta del patio descentrada respecto a la de la calle, para impedir se descubriese aquél, la influencia hispanomusulmana era aún más acusada. Recluidas las mujeres de las clases acomodadas dentro de las casas andaluzas, sentábanse, como las moras, en el suelo, y fisgoneaban la calle tras las celosías de ventanas y ajimeces (1).

(1) Sobre las ciudades hispanomusulmanas, puede verse: Leopoldo Torres Balbás: *Las ciudades musulmanas y su urbanización* (Rev. de Estudios de la Vida local, I, Madrid, 1942, pp. 59-80); *Les villes musulmanes d'Espagne et leur urbanisation* (Annales de l'Institut d'Etudes Orientales, Faculté des Lettres de l'Université d'Alger), tomo VI, Années 1942-1947 (Argel, s. a.), pp. 5-30; *Los adarves de las ciudades hispanomusulmanas* (Al-Andalus, XII, 1947, páginas 164-193); *Ajimeces* (Al-Andalus, XII, 1947, pp. 415-427); *Plazas, zocos y tiendas de las ciudades hispanomusulmanas* (Al-Andalus, XII, 1947, pp. 437-476); *Algunos aspectos de la casa hispanomusulmana: almaceras, algarfas y*

#### IV. ALGUNAS MORERÍAS

En la mayoría de las ciudades y villas españolas, moros y judíos vivían en barrios apartados; en otras, confundidos con la población cristiana. Pero aun en las primeras, era frecuente la mezcla de viviendas de gentes de las tres religiones, como lo prueba la repetición por las Cortes, en el siglo xv de los preceptos que lo prohibían, lo mismo que las referentes a las señales en los vestidos.

En las de 1476, reunidas por Isabel y Fernando en Madrigal, se prohibió, además a moros e israelitas el lujo del traje, caballos y espuelas, propio de los caballeros, para que las gentes no los tomaran por «gentiles hombres de palacio». En las Cortes reunidas en Toledo cuatro años después, en 1480, los procuradores de Castilla pidieron «que los moros e judíos vivan apartados, e trayan capuzes, e señales, e no tengan oficios sobre los cristianos».

Si los israelitas fueron con frecuencia objeto de persecuciones y ataques por parte del elemento popular cristiano, hasta el siglo xvi apenas si hay referencias de antagonismos entre él y el musulmán, formado por gentes de modesta condición, labradores y obreros manuales, sobrios y laboriosos; consagrados exclusivamente a sus humildes menesteres, no despertaban envidias ni celos y la mayoría acabaron por convertirse al cristianismo.

Síntesis y corazón de la España medieval, Toledo es la ciudad—ha escrito don Manuel B. Cossío—«que ofrece el conjunto más acabado y característico de todo lo que ha sido la tierra y la civilización genuinamente españolas. Es el resumen más perfecto, más brillante y más sugestivo de la historia patria».

Repetidas veces estuvo la reina Isabel en Toledo; en ella nació su hija doña Juana en 1479. Ordenó ensanchar su pla-

---

*saledizos* (*Al-Andalus*, XV, 1950, pp. 179-191). Robert Ricard ha señalado la falta de plazas mayores en las ciudades andaluzas, en su estudio *La Plaza Mayor en España y en América española* (*Estudios Geográficos*, a. XI, Madrid, 1950, pp. 323-324).



za, hacer alcantarillas y empedrar sus calles (1). Melchor de Santa Cruz de Dueñas cuenta que, cuando en presencia de la reina alababan otra ciudad, decía por Toledo: «Si tan grande, no tan fuerte; si tan fuerte, no tan grande», y reconocía el ingenio y habilidad de los toledanos, y el secular espíritu de cultura que en ella se respiraba, al afirmar que «Nunca me hallo necia, sino cuando estoy en Toledo.» (2).

Hasta fecha ignorada—probablemente en el reinado de uno de los primeros monarcas de la dinastía de Trastámara—Toledo no tuvo morería. En extenso barrio bien cercado y protegido por una fortaleza vivían los judíos, pero los hogares de musulmanes y cristianos mezclábanse en el resto de la ciudad; en los siglos XII y XIII cítanse casas de los últimos en las parroquias de Santa Justa y San Ginés (3). En el reinado de Alfonso X había tiendas de sedería, especiería y otros productos de moros y judíos en el famoso Alcaná, barrio comercial; en el siglo XIV eran legión los sederos mahometanos. La única mezquita mudéjar toledana de la que se conserva noticia estaba en el centro de la ciudad, a poca distancia de la catedral, en el Solarejo; es el edificio hoy conocido por mezquita de las Tornerías. Ignórase cuándo perdió su destino religioso; la dieron los Reyes Católicos al corregidor y justicia mayor de Toledo, don Pedro de Castilla, y a su mujer, la condesa doña Catalina Laso de Mendoza y de la Vega, y, convertida en mesón, fué donada a su vez por éstos al hospital de la Misericordia (4).

Hasta las carnicerías eran comunes en Toledo a cristianos y musulmanes, a pesar de que un precepto religioso prohibía

---

(1) Diego Clemencín, *Elogio de la Reina Católica Doña Isabel* (*Memorias de la Real Academia de la Historia*, VI, Madrid, 1921, p. 261).

(2) *Primera parte de la Floresta española, de Agudezas, Motes, Sentencias y graciosos dichos de nuestros españoles*, recogidos por Melchor de Santa Cruz y Dueñas, vecino de la ciudad de Toledo (Madrid, 1728), p. 357. Hay edición reciente en la «Colección Austral» (Buenos Aires, 1947), p. 158. La primera, de 1574.

(3) Ángel González Palencia, *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, vol. preliminar (Madrid, 1930), p. 152 y docs. 160, 348 y 417.

(4) Narciso Esténaga Echevarría, *Condición social de los mudéjares de Toledo durante la Edad Media* (*Bol. de la Real Acad. de Bellas Artes y Cienc. Hist. de Toledo*, V, año VI, 1924, pp. 12, 15, 16 y 23).

a los islamitas comer carne matada por aquéllos. Un documento de 1455 dice «que nunca los moros de la dita cibdat tuvieron carnicerías apartadas en los tiempos pasados, salvo que compraban carne de las dichas carnicerías principales de la dicha cibdat» (1).

En 1409 los moros, por lo menos el núcleo principal de ellos, vivían en Toledo en el barrio de la morería. Practicaban la monogamia y se regían y gobernaban por su ley y *azuna*; podían apresar, matar y poner en libertad a los que de los suyos lo mereciesen. Según ley, común a otras aljamas de moros, los hijos de éstos tornados cristianos, caso frecuente por entonces, quedaban por ello completamente desheredados; lo mismo sucedía a los hijos de cristianos que se hacían moros (2).

En las capitulaciones de los Reyes Católicos con Boabdil para el paso de éste a Africa, figura una cláusula por la que se autoriza a emprender el mismo camino a los parientes de Yuças de Mora y de Abrahen el Cayci, residentes en Toledo, en donde ocupaban doce casas, lo que puede dar idea de la importancia de la morería de esa ciudad en los últimos años del siglo xv (3). Bastante después, en 1576, reinando Felipe II, el barrio de la parroquia de San Isidoro en Toledo estaba poblado en su mayor parte por panaderos, alfareros y moriscos; estos últimos aún perseveraban en su lenguaje (4).

Si en Toledo no extraña al que conozca nuestra historia medieval encontrar gran número de moros mudéjares, parecerá más raro el que en ciudades netamente castellanas, sin tradición ni pasado islámico, como Burgos, Medina del Campoy Sahagún, también existiesen florecientes morerías.

Mezquita hubo en Burgos por lo menos desde comienzos

---

(1) Francisco Fernández y González, *Estado social y político de los mudéjares de Castilla* (Madrid, 1866), LXXX, pp. 407-409.

(2) Esténaga, *Condición social*, pp. 21-22.

(3) Francisco Martínez de la Rosa, *Doña Isabel de Solís* (Madrid, 1846), pp. 429 y 434-435.

(4) *Memorial de algunas cosas notables que tiene la ciudad de Toledo*, por Luis Hurtado Mendoza de Toledo. Año de 1576 (*El arte en España*, VII, Madrid, 1868).

del siglo VIII (1). En un documento de 1554 se habla de la morería vieja de esa ciudad, situada en el barrio de las Barquillas, es decir, en la subida de la fuente de Santa Agueda a Fernán González. Judería y morería establecían contacto por la parte de la alhóndiga (hoy cárcel pública), levantada a principios del siglo XVI sobre casas del barrio israelita, y por las cercanías de la calle de la Ronda. Por pregón se ordenó en 1485 la colocación de puertas a la entrada y salida de las calles de acceso a la morería, que debían permanecer cerradas desde las nueve de la noche, de abril a fines de septiembre, y desde las siete el resto del año; los moros cerrarían a cal y canto las puertas traseras de sus casas que miraban al barrio llamado Quemadillo en el plazo de un mes. El osario o cementerio de los moros estaba en las tierras donde hoy se levanta el barrio de «La Castellana», entre las Huelgas y el río Arlanzón.

En el mismo año de 1480 en el que las Cortes reunidas en Toledo ordenaron una vez más la separación de moros y judíos de los cristianos, en barrios cerrados, añadiendo la obligación de que las sinagogas y mezquitas estuviesen en su interior, los moros y judíos de Burgos, no cabiendo en sus respectivos barrios, salieron a vivir entre los cristianos.

Ya se dijo antes la protección dispersada en 1481 a la aljama musulmana de Burgos por la reina Isabel. En 1487 una comisión de concejales acompañaba al emisario real Nuño Orejón en la visita a la morería y judería de Burgos, al objeto de comprobar si una y otra cumplían las condiciones legales de incomunicación con el resto de la ciudad.

En dicha morería burgalesa no podía habitar cristiano alguno bajo severas multas. ni ejercerse otro comercio sino el necesario para la vida del mismo barrio. Sus habitantes eran

---

(1) «... orto qui est inter Mezquitam et Arlançon», era 1252, año 1214; Obituario de la catedral de Burgos, según cita de don Luciano Serrano, *El obispado de Burgos y Castilla primitiva desde el siglo V al XIII*, tomo tercero (Madrid, 1935), p. 386. En la carta de remembranza de Pedro Sarrazín, escrita en 1225 de Cristo, se habla del molino de «vega et del orto de la mezquita» (Arch. cat. Burgos, caj. 6, vol. 50, citada por Antonio Ballesteros Beretta, *Datos para la topografía del Burgos medieval* (Bol. de la Com. Prov. de Mon. Hist. y Art. de Burgos, tomo VI, año XXII, p. 146).

casi exclusivamente arrieros, ebanistas, carpinteros, albañiles y obreros de las demás ramas de la construcción. Vendían también hortalizas en la ciudad. En el monasterio cisterciense de las Huelgas, en las inmediaciones de Burgos, vivía otro núcleo importante de moros, bajo la protección de la abadesa ; por no tener allí mezquita, acudían a la de la ciudad. Fuertes con esa protección, resistíanse a pagar los tributos, a entregar la harina pedida por los monarcas para las tropas en campaña y a enviar a ésta los carpinteros que también solicitaban, cosas que hacían los restantes moros vecinos de Burgos (1). Estos, como todos los mudéjares, estaban obligados a llevar capucés verdes, de una tercia de longitud, y las mujeres, una media luna de color azul sobre sus mantos. Se les permitía trabajar los días festivos de los cristianos.

En los siglos XIV y XV moros labraban las casas del cabildo catedral de Burgos, algunos con sueldo fijo ; consta que varios merecieron la gratitud de esa corporación religiosa ; al maestro Yuca o Yunza de Carrión se le llama en 1482 («mo-ro del cabildo»).

En la documentación del archivo catedral no hay huella de que los obreros islámicos intervinieran en las obras del gran templo, pero en el reinado de los Reyes Católicos el gremio de maestros de obras y albañiles de la capital castellana, que construía edificios civiles y eclesiásticos tanto en esa ciudad como en toda la región, estaba integrado casi exclusivamente por moros y judíos. En la misma época se prohibió a los moros burgaleses oficiales y maestros de labrar yeso, ajustasen, como acostumbraban, a mujeres cristianas para amasarlo, y a éstas aceptar esa labor y trabajar en compañía de los moros (2).

Había en la morería de Burgos excelentes carpinteros que lo mismo construían el entramado de madera y las cu-

(1) Ac. Mun. Burgos, año 1481, fol. 51, según cita del Rdo. P. Serrano, *Los Reyes Católicos y la ciudad de Burgos*, pp. 187-190 ; *Los conversos D. Pablo de Santa Marta y D. Alfonso de Cartagena*, por el R. P. Luciano Serrano, O.S.B. (Madrid, 1942), pp. 74-75.

(2) *Historia del templo catedral de Burgos*, por el Dr. D. Manuel Martínez y Sanz (Burgos, 1866), pp. 199-201 ; Anselmo Salvá, *Cosas de la vieja Burgos* (Burgos, 1892), p. 94 ; Serrano, *Los conversos D. Pablo de Santa Marta y don Alfonso de Cartagena*, XVIII.

biertas de la torre, aún subsistente, de Santa María, terminadas por el maestro Yusaf de Carrión en 1458, que levantaban el célebre catafalco, hecho por el maestro Halí de Toro para los solemnes funerales de Juan II en 1461. Este mismo año, fueron ingenieros moros burgaleses al real de Navarra, con motivo de la campaña emprendida por Enrique IV. Diez años después mandaba el ayuntamiento de Burgos a los moros y judíos de la ciudad llevaran a Fernando el Católico un coche, destinado sin duda al viaje del mismo a la frontera extremeña de Portugal (1).

De la morería de Medina del Campo, otra villa genuinamente castellana, tan de la predilección de la reina Isabel, hay muy escasas noticias. Por una orden de 1496 sabemos que había moros habitantes fuera de la morería y en esa fecha les autorizaron los monarcas para que, con objeto de no perjudicar el comercio, pudieran tener tiendas en otros lugares de la villa (2).

De la cercana Olmedo, afirma Tetzl que en 1466 la mayoría de sus habitantes eran infieles (3). En barrio aparte vivían en Sahagún los moros durante la Edad Media (4).

En los últimos años del siglo XIV cítase en Segovia el «corral de la morería, que dicen de los moros». Los Reyes Católicos, por cédula de 1481, ordenaron a Rodrigo Alvarez Maldonado pasase a esa villa, a que los judíos y moros habitantes de ella viviesen separados, en cumplimiento del acuerdo de las Cortes de Toledo (5). La morería ocupaba en la ciudad del Eresma desde San Millán hasta la muralla y sus albañiles y carpinteros trabajaban por todas las regiones cercanas. En Madrid había a fines del siglo XV dos morerías llenas de saracenos (6).

---

(1) Serrano, *Los Reyes Católicos y la ciudad de Burgos*, pp. 10, 15, 18, 47, 113, 187, 235 y 244; *Los monasterios Medievales en la Comarca de Juarros*, por Teófilo López Mata (*Bol. de la Com. Prov. de Mon. Hist. y Art. de Burgos*, XXIII, 1944, pp. 361-362).

(2) Clemencín, *Elogio de la Reina Católica*, p. 251.

(4) Fabié, *Viajes por España*, p. 166.

(4) *Índice de los documentos del monasterio de Sahagún*, núm. 2.188, p. 502.

(5) *La judería de Segovia*, Documentos inéditos, Fidel Fita (*Bol. de la Real Acad. de la Hist.*, IX, Madrid, 1886, pp. 270 y 344).

(6) Münzer, *Viaje por España y Portugal*, p. 107.

Morerías importantísimas hubo hasta el siglo XVI en Valencia y Zaragoza y en otras muchas villas de esos reinos. De las de esas dos hay descripciones detalladas.

## V. CASAS Y PALACIOS HISPANOMUSULMANES Y MUDÉJARES EN LOS QUE HABITÓ ISABEL LA CATÓLICA

Siguiendo la tradición errabunda de los monarcas castellanos, Isabel y Fernando no tuvieron Corte ni residencia fija, ni palacio determinado en el que pasar temporadas de bien ganado descanso. Desde que comenzaron a reinar, su vida fué incesante peregrinación por la Península, de uno a otro cabo, atentos a los acontecimientos del momento, vigiándolo todo, interviniendo en todo, desde el detalle más nimio hasta el acontecimiento de máxima trascendencia.

En ese rodar continuo por los ásperos caminos de la quebrada España, Isabel hubo de posar en viviendas de todas clases: casas humildes y nobiliarias, palacios, castillos, conventos, ventas (como la desaparecida de Tablada, junto a Guisando, donde la princesa fué jurada heredera, y las de los Palacios y del puerto de Arrebatacapas, situadas entre Guadalupe y Talavera), y tiendas de campaña. «En no conocido y forzado apeadero de Cebreros malparió la Reina» (1). Pero la más pobre habitación, el más desmantelado aposento, quedaba transformado entonces en cámara real al ocultar su suelo terrizo, o de losetas de barro cocido, con alfombras y cubrir los muros encalados con tapices flamencos. En verano sustituían a estos gadamecés, es decir, cueros labrados de progenie cordobesa.

Palacios y casas en los reinos de Castilla y Aragón durante la Edad Media, desde los reales de mayor suntuosidad hasta

(1) Llanos y Torriglia, *La reina Isabel*, p. 71. La reina doña Juana, hija de la soberana Católica, parió un jueves 14 de enero de 1507 a la infanta doña Catalina, entre 5 y 6 de la mañana, en Torquemada, en las casas de un clérigo, que salían sobre la cerca y el río, en las proximidades de la puerta del puente. Sirvieron luego de mesón y acabaron por hundirse. (*Anales breves del reinado de los Reyes Católicos*, por don Lorenzo Galíndez Calvajal, *Colec. de documts. inéditos para la Hist. de España*, tomo XVIII, Madrid, 1851, p. 317.)

las más pobres y reducidas viviendas de los pecheros y «hombres de afán», eran casi siempre obra de los moros mudéjares pobladores de las morerías. Si la arquitectura gótica, importada, de piedra, se impuso por su exotismo, monumentalidad, perfección y belleza para las grandes fundaciones religiosas, las modestas iglesias parroquiales de villas y aldeas, y aun las de agrupaciones urbanas de importancia como Toledo, Madrid, Talavera de la Reina, Madrigal de las Altas Torres, Cuéllar, Alba de Tormes y otras muchas de ambas mesetas castellanas, de Andalucía y de Aragón, eran obra de moros, hechas con tapial, adobes y ladrillos. Pero si la arquitectura religiosa se escinde en dos ramas, gótica una y la otra mudéjar, la doméstica, hasta los años finales del siglo xv, pertenece casi exclusivamente, como antes se dijo, a la última. La arquitectura septentrional, exótica y cara, de canteros, no la afectó. Viviendas lujosas y palacios franceses medievales no se prestaban al trasplante a la península ibérica; costumbres y clima muy distintos dificultaban su aclimatación en nuestro suelo, pero, además, las viviendas de los hispanomusulmanes ricos eran muy superiores en comodidad, refinamiento y belleza a las del otro lado de los Pirineos. Los reyes de Castilla, dueños por conquista de palacios musulmanes, desde Alfonso VIII hasta Enrique IV, levantaron otros en su mismo estilo, como los de Tordesillas y Sevilla. Y tras ellos nobles y señores, a muchos de los cuales en los *Repartimientos* de las ciudades de Andalucía y Levante correspondieron viviendas islámicas, al edificar otras nuevas siguieron las mismas directrices artísticas.

No se ha publicado modernamente itinerario alguno de los Reyes Católicos; confiemos en que algún erudito historiador, animado por la oportunidad del centenario, lo estará preparando. Ignoramos cuál fué la habitación de la reina en muchos de los lugares en los que ha quedado memoria estuvo; me limitaré, pues, a recoger el recuerdo de unos cuantos que figuran en crónicas y documentos publicados.

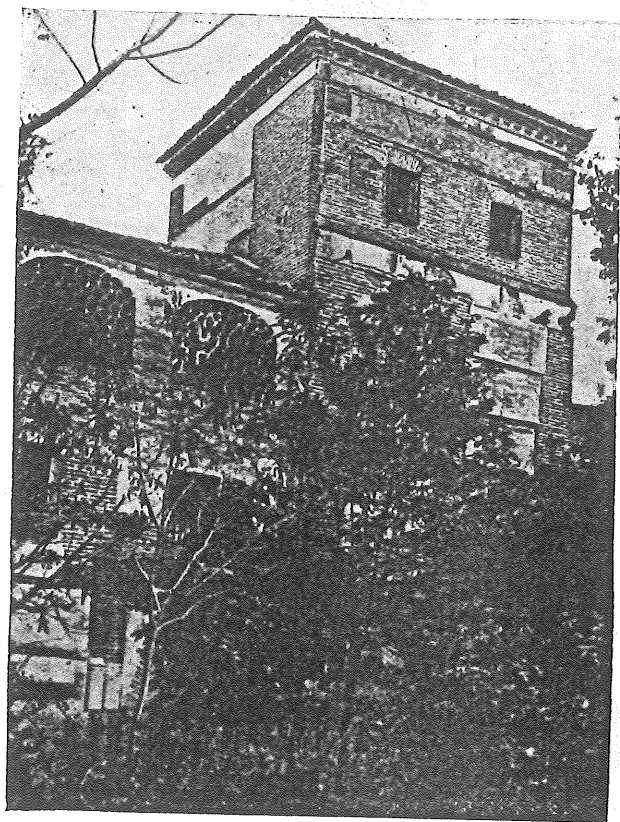
Tan sólo la tradición señala el lugar en que nació la reina Isabel en la villa de Madrigal de las Altas Torres, dada en

arras por Juan II a su mujer, pero merece crédito completo, pues el destartado caserón, cedido en 1525 por Carlos V a un convento de monjas agustinas, en cuya clausura se ha conservado, aunque con importantes reformas, era palacio real. En esa fecha de su transformación en monasterio quedaba vivo aún allí el recuerdo de las estancias de los monarcas Católicos y del destino que tuvieron entonces algunas de sus habitaciones; un inventario menciona la despensa, la sala y el retrete de la reina Isabel y la despensa y el cuarto en el que jugaba a la pelota el rey don Fernando.

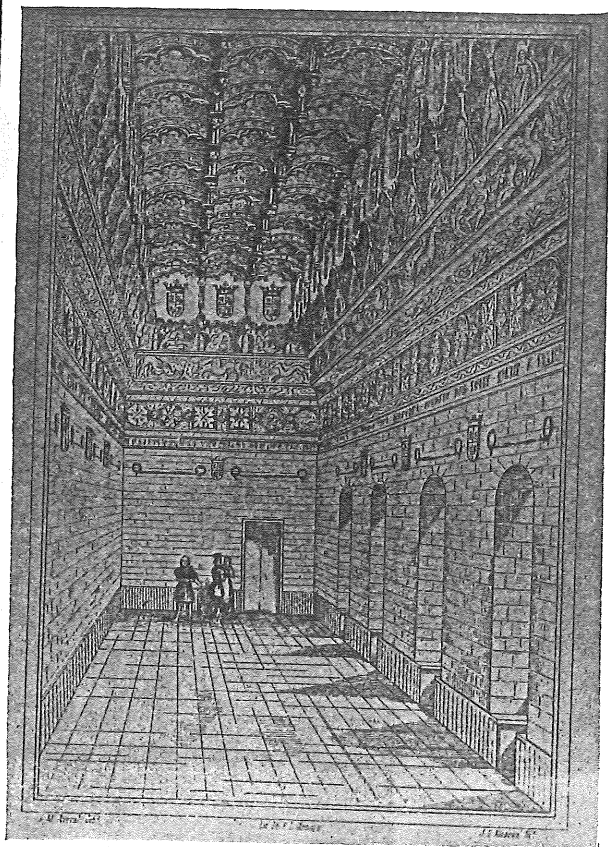
Es el antiguo palacio, modestísima construcción de ladrillo y tapial, de muros lisos, desnudos, y pequeñas habitaciones encaladas y bajas de techo. Tan sólo en lo alto una galería de arcos escarzanos, cerrados por celosías de ladrillo, anima su humilde fachada. En la puerta, de arco agudo, el alfiz o recuadro, unido a los materiales y a la construcción, manifiestan su mudejarismo, acorde en ello con todas las restantes construcciones de la villa abulense anteriores al siglo XVI, murallas, torres, templos y humilde caserío.

Bien merece transcribirse la descripción que hizo de él don Manuel Gómez-Moreno: «Un patio pequeñísimo con galerías en torno; unos techos tan bajos que casi se alcanzan con la mano, y tan lisos que ni una pintura ni un perfil los embellece, seis columnas abajo, en granito y semidóricas, quizá sustituyendo postes de ladrillo; arriba pilares de ladrillo con zapata, simplemente descantiladas y antepecho de palos lisos; navés de habitaciones pequeñas y bajas... nada más. Por fuera dice algo la fachada que mira a N.O., con su aparejo al descubierto de tapiería y rafas; su puerta de ladrillo, descentrada hacia la derecha en forma de arco, bajito, sin impostas, débilmente apuntado y con doble alfiz, asegurando el carácter morisco del edificio; encima, tres o cuatro ventanillas; luego, encajada entre dos torres que pujan a los extremos, una galería con cuatro arcos escarzanos, sobre recios y breves pilares, cerrándose aquéllos con celosías, tan hábilmente formadas con ladrillos que merecen tomarse por modelo. Las torres no abren sino pocas ventanas, y sus aleros son de canes de ladrillos escalonados. Aneja del palacio, o los palacios, como decían, era una torre del recinto, la de la Rei-

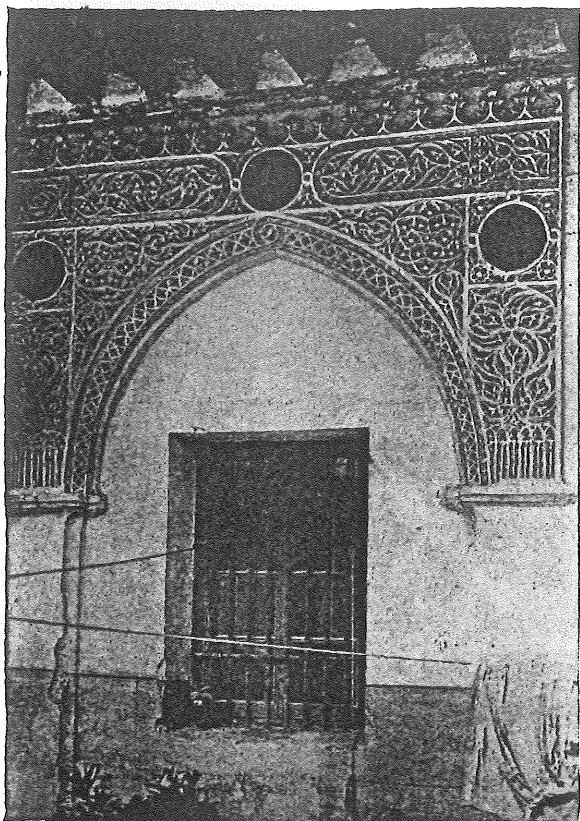




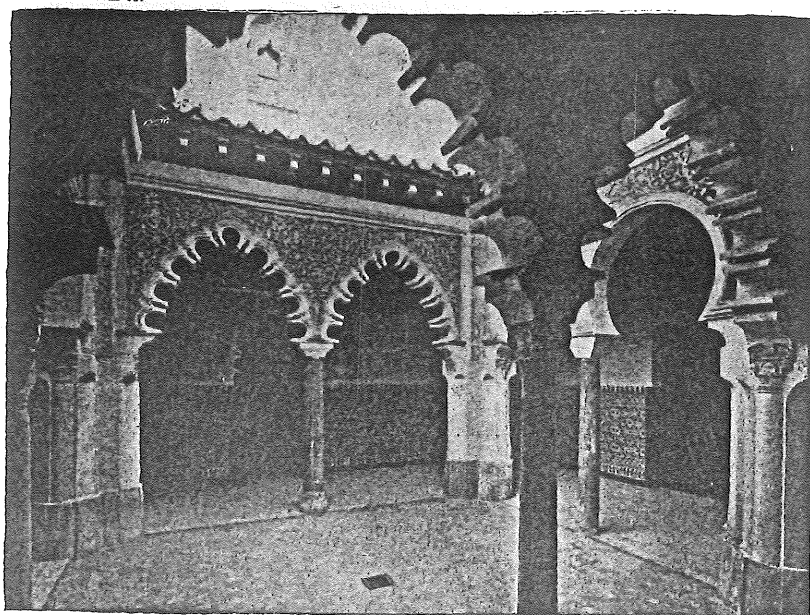
*Madrigal de las Altas Torres (Avila).—Palacio  
en el que nació Isabel la Católica.*



*Segovia.—Salón del Alcázar.*



*Segovia.—Restos  
del Palacio de  
Enrique IV.*



*Tordesillas (Valladolid).—Patio en el palacio de Alfonso XI.*

na, a que se llegaba desde la huerta por un pasadizo y balcón hecho sobre la calle de Ronda» (1).

A los palacios de Madrigal volvió Isabel en repetidas ocasiones, algunas ya casada, como indica el citado inventario. Poco antes de su matrimonio, en 1469, estuvo en esa villa; en abril de 1476, cuando se celebraron Cortes en ella; en 1494 y en junio de 1495; probablemente por última vez en 1497. (2).

Desde Madrigal llevaron a la infanta a Arévalo, villa también de su madre la reina viuda doña Isabel, en la que residió los primeros años de su vida, en un ambiente más de pesadumbre que de alegría, por la locura de aquélla y la estrechez y penuria padecidas. Villa Arévalo de la castellana tierra arenosa de pinares, en ella había una importante morería; iglesias—El Salvador, San Miguel, San Martín, Santa María, San Juan Bautista, Santo Domingo de Silos y La Lugareja—, casas y hasta los puentes sobre los ríos Adaja y Arevalillo que la sirven de fosos y en cuya confluencia se levanta, son construcciones mudéjares de ladrillo y tapial.

En Arévalo había dos residencias reales; una el palacio de la villa, donde murió la reina doña María de Aragón; la otra, en el castillo. Menguadas ruinas quedan de esta fortaleza; una torre de piedra y un lienzo de muro, con zócalo de ese material, en el que hay troneras para el tiro rasante de la artillería, y encima fábrica de argamasa paramentada por otra excelente de ladrillo, con torrecillas y adarve volado sobre ménsulas del mismo material, obra de buenos albañiles mudéjares que creo posterior a los años de niñez de la futura reina. La tradición afirma que ésta, con su madre doña Isabel, segunda mujer de don Juan II, habitaron en la fortaleza y que en ella murió la reina viuda. Pero es más verosímil que residieran en el palacio situado en la plaza del Real, en la que

(1) M. Gómez-Moreno M., *La Cuna de la Reina Católica* (Castilla, año I, Toledo, 1918, pp. 143-144).

(2) Los datos de estancias de la reina Isabel están tomados de distintos documentos y, sobre todo, de los *Anales breves del reinado de los Reyes Católicos*, por Lorenzo Gálvez Carvajal (*Colec. de Docs. inéditos para la Historia de España*, tomo XVIII, Madrid, 1851) y de la *Crónica de Felipe I.<sup>o</sup> llamado el Hermoso*, escrita por don Lorenzo de Padilla (*Colec. de Docs. inéditos para la Historia de España*, tomo VIII, Madrid, 1846).

se afirma vivió y murió la reina doña María, primera mujer de don Juan II, para cuyo reparo mandó pagar la reina Católica sesenta mil maravedís el 14 de junio de 1504, pocos meses antes de morir (1), palacio cedido en 1542 por Carlos V para el traslado de las monjas bernardas del monasterio de La Mejorada y totalmente renovado por entonces o algo más tarde (2).

Cuando tenía unos diez años—hacia 1461—pasó la infanta Isabel con su hermano el príncipe don Alfonso, desde el hogar de la madre loca a la Corte segoviana del hermanastro de ambos, Enrique IV. Ya se dijo su ambiente mudéjar, en el que tanto se complacía el monarca. La infantita viviría en el fuerte alcázar, cuya imponente torre del Homenaje, comenzada por su padre Juan II, se terminaba por entonces. Los recios muros de la fortaleza ocultaban espléndidos salones decorados por artistas moros, entre ellos la sala de la Galera, construida por Catalina de Lancaster y terminada en 1412; la de las Piñas, que se terminó en 1452, y la del Solio, a la que dió fin el artista moro Xadel Alcalde en 1456.

Brillarían entonces el oro y los colores de yeserías y techos con todo su vigor. Tetzal, el alemán compañero de Rosmithal, visitó el alcázar en 1466; en él le enseñaron una cámara que servía de dormitorio a Enrique IV; el lecho estaba cubierto con magníficas ropas de oro. Se guardaban allí, dice, los tesoros del rey. «No vi en España—añade—un alcázar más hermoso que éste, ni que tuviese tantas riquezas de oro, plata y alhajas» (3). El incendio de 1862 terminó con las artísticas allí acumuladas.

Algo más tarde habitó la infanta en el palacio construido por el monarca en el centro de la ciudad, llamado en las crónicas de San Martín, por su proximidad a la parroquia de esa advocación. Quiso Enrique IV labrar una vivienda en el corazón de Segovia, llana, más cómoda y apacible que la de

(1) «... pa el reparo de los palacios de Trévalo sesenta myll mrs.» (*Estudios Histórico-Artísticos relativos principalmente a Valladolid*, por don José Martí y Monzó, Valladolid, 1898-1901, p. 303). El doc. en el Arch. de Simancas.

(2) *Dic. Geog.-Estad.-Hist. de España y sus posesiones de Ultramar*, por Pascual Madoz, tomo II (Madrid, 1845), p. 538.

(3) Fabié, *Viajes por España*, p. 67.

la fortaleza. Parece que las obras empezaron hacia 1465 ; en 1467 residían ya los reyes en el nuevo edificio. Vendido o donado a la muerte de la reina Católica, repartióse entre varias viviendas y tan sólo se conservan hoy de él escasos y dispersos restos. Quedan, en lo que fueron habitaciones de la reina doña Juana, unas guarniciones de puertas con complicadas tracerías flamígeromudéjares.

En este palacio quedó la infanta Isabel al salir huyendo de Segovia Enrique IV en 1467 ; en repetidas ocasiones —1473, 1474, 1476, 1494, 1503—, en el transcurso de su vida, volvió a Segovia, alojándose unas veces en los palacios de San Martín ; en 1474, cuando fué jurada reina, posaba en el alcázar. Coronada ya, Isabel habitó por breve tiempo en el palacio de Tordesillas, en la ribera del Duero—volvió allí en 1475, 1476 y 1494—, construído por obreros andaluces y con formas hispanomusulmanas por Alfonso XI entre 1340 y 1344, con el botín de la victoria del Salado, llamada entonces «Pelea de Benamarín», nombre con el que se conocía el palacio. Al convertirlo Pedro I en convento de monjas pocos años después, aseguróse su conservación en la prodigiosa inercia de las clausuras femeninas, pero una torpe restauración hecha hace aproximadamente medio siglo, lo desfiguró en gran parte. Para la reina sería como un modesto anticipo de los magníficos alcázares andaluces en los que habitaría más tarde, pero en un paisaje seco y adusto, bien distinto al de Sevilla y Granada ; albercas, fuentes y surtidores en el centro de las salas, yeserías, techos policromos abundantes en oro, alegres patios con cerámicas brillantes. ¡Buen contraste entre la austeridad, rayana en la pobreza, de los palacios de Madrigal, y, probablemente del de Arévalo, y la riqueza decorativa del de Tordesillas, pequeño reflejo en Castilla de los andaluces !

Diferentes aposentamientos ocupó la reina Isabel en sus varias estancias en Toledo. en donde estuvo en 1475 ; a fines de 1476 y comienzos de 1477 ; en 1479, estancia prolongada hasta las Cortes del año siguiente y la jura del príncipe don Juan el 1 de abril ; en 1484 ; en 1498, y en 1502. En noviembre de 1479 nació en esa ciudad la infanta doña Juana, según Galíndez Carvajal en las casas del conde de Cifuentes, don Juan de Silva, hoy desaparecidas; inmediatas y a occi-

dente del palacio arzobispal; otros afirman que el parto tuvo lugar en el alcázar real. En éste debieron de residir los soberanos en algunas de sus estancias en Toledo, pues cuenta Lalaing, señor de Montigny, que los príncipes don Felipe y doña Juana, que en mayo de 1502 fueron jurados como herederos del reino y posaban en la casa de don Andrés de Cabrera, marqués de Moya, cenaron una noche con los monarcas de Castilla y Aragón en el castillo de la ciudad, «que es magnífico» (1). Alude, sin duda, al viejo alcázar levantado en los siglos XIII y XIV que precedió al de Carlos V y Felipe II.

En 1477 la reina, tras de una estancia en Extremadura, aprovechada para pacificar esa región, castigada por la anarquía, el bandolerismo, y las facciones y rivalidades de los nobles, bajó a Sevilla, donde su alcázar le ofreció grato y cómodo aposento. Era éste por entonces un grande y caótico conjunto de edificios revueltos, entre los que quedaban restos del palacio almohade del siglo XII, entremezclados con construcciones góticas de piedra del siguiente, levantadas por Alfonso el Sabio, y con el extenso núcleo del alcázar de don Pedro I, en cuya edificación colaboraron artistas musulmanes de Granada, enviados por su amigo y protegido Mohammed V, y carpinteros moros de Toledo. Después de la conquista de Sevilla, y salvo ese paréntesis del reinado de Alfonso X, operarios mudéjares intervinieron en las obras del palacio. En 1438 era maestre Hamete, maestro mayor de los alcázares. Los Reyes Católicos, por cédula de 1502, concedieron a Francisco Fernández, albañil sevillano tornadizo o con verso, antes llamado Hamete de Cobexi u Oberí, el título de maestro mayor de las obras de cañería y albañilería de los alcázares y atarazanas de Sevilla, al mismo tiempo que unas casas para morada en el alcázar viejo (2).

«La admiración que la causó el inmenso gentío de sus

---

(1) *Collection des voyages des souverains des Pays-Bas*, publié par M. Gachard, tome premier (Bruselas, 1876), Voyage de Philippe le Beau en Espagne, en 1501, par Antoine de Lalaing, Sr. de Montigny, pp. 176 y 179. Lorenzo de Padilla afirma posaban los archiduques «en palacio, que era en casa del Marqués de Villena» (*Crónica de Felipe 1.º*, p. 86); se trata del mismo edificio.

(2) *Sevilla monumental y artística*, por José Gestoso y Pérez, I (Sevilla, 1889), pp. 460-461 y 463, y III (Sevilla, 1892), p. 120.

calles y la magnificencia del real alcázar..., hicieron confesar» a la reina Isabel «no haber imaginado jamás la grandeza de tan insigne ciudad» (1).

Los viernes daba audiencia pública en una de sus salas. Salvo una rápida excursión por el Guadalquivir hasta Sanlúcar, prolongada a Rota y Jerez, en el alcázar de Sevilla permanecieron los monarcas durante más de un año—hasta fines de 1478—disfrutando de sus alegres estancias, de sus múltiples huertos de limoneros, naranjos y cidros, abundantes en aguas corrientes, en una de las épocas que debió de ser de las más tranquilas y felices de su vida. Durante ella llegó la ansiada descendencia masculina con el nacimiento del príncipe don Juan. A Münzer, visitante de Sevilla catorce años más tarde, le mostraron la habitación en que ese dichoso acontecimiento tuvo lugar. Entonces arreglaban los sevillanos las calzadas esperando una nueva visita de los monarcas—otras intermedias tuvieron lugar en 1482 ; 1484-1485 ; fines de 1489, prolongada hasta la celebración de las ostentosas bodas de la infanta Isabel en mayo del año siguiente ; en 1490-1491, y en 1492—, al mismo tiempo que por mandato suyo edificaban (a principios de noviembre de 1494) «muchas nuevas estancias», restauraban «las antiguas derruidas», y preparaban «tres habitaciones para sí, para su hijo y para la reina ; las tres tan exquisita y adecuadamente distribuidas, que nadie le puede poner reparo» (2). Tal vez esperasen revivir los días felices de dieciséis años antes. Parece que no volvieron, sin embargo, a Sevilla hasta poco antes de la Navidad—10 de diciembre—de 1499 ; aún estaban allí el 31 de marzo del año siguiente. Las últimas estancias tuvieron lugar en 1501 y en la Navidad de 1502.

Córdoba era buen centro de preparación y avituallamiento para las campañas contra el reino granadino, por lo que fué visitada con frecuencia por la reina Isabel, que en esa ciudad quedaba mientras el monarca combatía. En ella estuvo a fines de 1478 y comienzos de 1479, en 1481, en 1482 (en este año nació en Córdoba la infanta doña María), en

---

(1) Palencia, *Crónica de Enrique IV*, tomo IV (Madrid, 1908), p. 417.

(2) Münzer, *Viaje por España y Portugal*, p. 65.

1483, en 1484, en 1485, año en el que, pasado el día de San Juan, recibióse al rey solemnemente, de vuelta de la conquista de Ronda, Marbella y otras plazas. En 1486 fué larga la estancia en Córdoba de la soberana para atender a las proyectadas expediciones militares; volvió en 1487, en 1491 y en 1492. Residía en el alcázar nuevo, levantado por Alfonso XI en 1328, construcción militar gótica. Pero inmediatos estaban los restos del viejo califal del siglo x, seguramente muy disminuídos y alterados, pues apenas si lo mencionan viajeros y cronistas. En aquél pasaría la reina largas horas de febril desasosiego, en espera de noticias de las entradas del monarca y los ejércitos castellanos por las próximas tierras islámicas. Según la tradición, Isabel mandó durante una de sus estancias en el alcázar desmontar la gran rueda que elevaba el agua desde el inmediato Guadalquivir, reliquia de la época musulmana, cuyo continuo y lúgubre chirrido no la dejaba conciliar el sueño. También aquí encontramos al frente de las obras de los alcázares a un moro: era maestro mayor de los albañiles y soladores de ellos, en 1477, el maestro Mahomad Agudo (1).

Aún más mudejarizado que el de Castilla estaba en el siglo xv el reino de Aragón. Comarcas enteras había en el siguiente casi exclusivamente pobladas por moros. En la capital, Zaragoza, posaban los monarcas en sus repetidas visitas y estancias en el palacio de la Alfarería, residencia real desde la conquista de la ciudad. Hay noticia de estancias de la reina en Zaragoza en 1481; a fines de 1482 y comienzos del año siguiente; en 1492, en viaje triunfal hacia Barcelona caída Granada; a últimos de 1493 y principios de 1494, y en 1498; durante ésta murió allí la reina de Portugal. En 1485 cedieron los reyes una parte del palacio para la Inquisición, pero en tan vasto edificio quedó espacio suficiente para la vivienda regia, pues en época posterior se hicieron en él grandes obras de ampliación y consta que en 1502, según refiere Lalaing, lo habitaron los príncipes don Felipe y doña Juana, mientras el rey don Fernando se alojó en la ciudad (2).

(1) *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España*, por don Eugenio Llaguno y Amfrola, tomo I (Madrid, 1829), p. 121.

(2) Gachard, *Collection des voyages*, tome premier, p. 239.



El castillo-palacio de la Aljafería, extramuros de Zaragoza, fué construído en la segunda mitad del siglo XI por un rey de taifas. Enriquecía su interior una profusa decoración de muy barrocas y originales formas y fragilidad grande. Los monarcas aragoneses que lo habitaron, singularmente Pedro IV el Ceremonioso en el siglo XIV, hicieron en él bastantes reformas, de las que apenas quedan huellas; el rey don Fernando pensaría residir en él largas temporadas, pues lo amplió con obras de importancia, en gran parte conservadas. La orden de construcción tal vez la daría el monarca en 1492, al pasar por Zaragoza camino de Barcelona, pues esa fecha figura en los alizares—frisos—de los salones entonces hechos, en inscripciones latinas que dicen mandaron los reyes construir ese edificio después de expulsar al antiguo y feroz enemigo. Münzer visitó la Aljafería a comienzos de 1495, vió en parte de ella a muchos conversos de uno y otro sexo que iban a ser quemados, y describe encomiásticamente los citados salones; el rey, dice, hacía restaurar y reedificar el palacio. Alude a un salón «tan soberbio, con sus dorados artesonados, que es inverosímil»; en él «cerca del techo había una tribuna dorada para unas ciento cuatro personas, que, como desde una atalaya, podían contemplar los juegos y demás cosas que sucedían abajo» (1).

Obreros moros intervinieron durante la Edad Media en las obras del palacio zaragozano. En 1381 el sarraceno Faraig Delbabar figura como *magister operum Aljaffarie* (2); en 1493 el moro Farax de Gali, hijo de Mahoma, se titulaba maestro de obras de la Aljafería real; sin duda fué el autor de las realizadas poco antes por encargo de los monarcas, de las que debieron de quedar tan satisfechos que en el mismo año de 1492 le concedieron el privilegio de poder transmitir testamentariamente el nombramiento a uno de sus hijos, lo que hizo poco antes de morir, en 1500, a favor del llamado Mahoma de Gali (3). Con el título de «moro, mayor de las obras

(1) Münzer, *Viaje por España y Portugal*, pp. 121-122.

(2) *Documents per l'Historia de la Cultura Catalana Mig-èval*, publicats per Antoni Rubió y Lluch, vol. II (Barcelona, 1921), pp. 248-249.

(3) *Notas acerca de los judíos aragoneses en los siglos XIV y XV*, por M. Serrano y Sanz (*Rev. de Archivos, Bib. y Museos*, XXXVI, 1917, p. 346).

de la Aljafería», cobraba éste una cantidad en 1508 por obras hechas en el palacio de 4 de noviembre de 1506 a 25 de octubre de 1508. Continuaba el mismo maestro en 1516, año en que se trabajó en la torre maestra junto a la del Homenaje. Hacia 1530, los miembros de esa familia, en la que el rey don Fernando vinculó el cargo de maestros de obras del palacio zaragozano, aparecen ya en la documentación con nombres cristianos (1).

Después, repitióse una vez más la desgraciada historia de tantos de nuestros monumentos: siglos de abandono, y, por fin, la cesión en 1868 por el patrimonio real para cuartel. Fueron arrancadas en tal ocasión arquerías, ornatos, guarniciones de huecos para repartirlos entre los museos Arqueológico y Nacional y de Bellas Artes de Zaragoza. Consérvanse en la Aljafería casi intactos los espléndidos techos labrados en 1492 y algunas decoraciones de yeso, pero los salones que cubren tienen destino poco acorde con su belleza y su historia. Confiamos en que este año de 1951, en el que se cumplen cinco siglos del nacimiento de la reina Isabel, sea también el de rescate y arreglo de esas estancias, merecedoras de conservarse con la dignidad debida a los monarcas que las mandaron construir y habitaron. Pocas conmemoraciones serían tan oportunas. Al mismo tiempo, el patrimonio artístico español puede enriquecerse reparando los restos de la torre y del oratorio islámico inmediato, levantados en el siglo XI, y volviendo a montar, si es posible, en el lugar en el que estuvieron, los restos guardados en los museos de Madrid y Zaragoza.

De los varios conventos en que hay noticia habitó la reina Isabel, de tránsito, en grato período de apartado descanso o consagrada a sus particulares devociones, hay que destacar el de jerónimos de Guadalupe, en el que le gustaba extraordinariamente estar, afirmando que en él se encontraba en su paraíso (2), sensible, sin duda, al ambiente de devoción que en él se respiraba; a la belleza del lugar de su emplaza-

(1) Manuel Abizanda y Broto, *Documentos para la Historia Artística y Literaria de Aragón*, I (Zaragoza, 1915), p. 185; II (Zaragoza, 1917), pp. 348-350 y 353.

(2) Münzer, *Viaje por España y Portugal*, p. 96.

miento; a la alegre arquitectura del edificio, hecho todo de ladrillo por obreros toledanos, bastantes de los cuales serían moros, y a las riquezas artísticas allí acumuladas. En Guadalupe estuvo en 1477, pasó el verano de 1479, y volvió en 1484, 1486, 1489 y 1502.

En otro monasterio de jerónimos, el de la Mejorada de Olmedo, vivió una temporada la reina Católica en 1504, en el mismo año de su muerte, en compañía del monarca. En él estaban ya el domingo de Ramos y seguían el 14 de junio. De esa casa religiosa, cuyas edificaciones iniciáronse en 1409 bajo el patronato de don Fernando el de Antequera, hijo de Juan I, tan sólo se conserva una capilla sepulcral cuadrada, lisa exteriormente, cubierta con cúpula semiesférica decorada con lazo, semejante a otras mudéjares sevillanas.

Ha desaparecido otro convento de jerónimos, el de Santa María del Prado, en Madrid, junto al Manzanares, en que los monarcas y el príncipe don Juan se retiraron después de asistir a la muerte del cardenal Mendoza, en Guadalajara, el 14 de enero de 1495, para celebrar sus exequias (1). Lo había fundado Enrique IV en 1464 y se trasladó en 1503, por acuerdo de los Reyes Católicos, a su actual emplazamiento. La orden y la época de erección permiten suponer que su fábrica sería mudéjar.

En no pocas ocasiones residió también la reina en palacios de las altas jerarquías eclesiásticas y de la nobleza, recién construídos y alhajados algunos. Pues si los monarcas no sintieron la necesidad de edificar nuevos alcázares en los que residir, tal vez tanto por su vida errante como por indiferencia hacia el fausto, limitándose a reformas y ampliaciones en los de épocas anteriores—Arévalo, Medina del Campo, Sevilla, Alhambra de Granada, Zaragoza—, nobles y burgueses, entre ellos bastantes de los que les rodeaban, elevaron castillos y viviendas lujosas, en contraste con los modestos caserones en los que la nobleza de la Castilla septentrional, despreocupada de la vida cómoda y amable, había habitado hasta entonces. Esa indiferencia de los monarcas hacia la ostentación inmobiliaria, más explicable en la reina

---

(1) Münzer, *Viaje por España y Portugal*, p. 107.

que en el rey, pues los soberanos de Aragón y Cataluña acostumbraban habitar en mejores viviendas que los de Castilla, aparece bien manifiesta a organizar en 1496 la corte del príncipe don Juan en Almazán. Como ha escrito el duque de Maura, debió de instalarse con su séquito en la casa más holgada de la localidad (1) y en ella siguió después de su boda con la princesa Margarita el futuro monarca de una de las naciones más poderosas de la Tierra. De esa mansión no queda huella alguna, ni aun se ha podido localizar; el palacio que hoy existe en Almazán, convertido en casino por las mudanzas de los tiempos, es bastantes años posterior a la estancia allí del malogrado vástago de los Reyes Católicos.

Durante el gobierno de éstos, como en un anticipo del Renacimiento, que ya alboreaba en nuestras tierras, rompiendo con la tradición musulmana de los muros desnudos e inexpressivos al exterior, empezaron a labrarse fachadas algo más ostentosas, perforadas por amplias puertas de complicadas guarniciones, y sobre ellas grandes escudos, con yelmos, lambrequines y profusa y carnosa hojarasca, sostenidos por pajes o peludos salvajes. Obras de piedra, su estilo es gótico, pero no suele faltar en ellas la moldura de recuadro, es decir, el alfiz, que con frecuencia asciende y se quiebra para recercar, a más de la puerta, la ventana del piso alto abierta sobre ella. Al mismo arte gótico flamígero suelen pertenecer asimismo el antepecho calado de la escalera, alguna guarnición de chimenea y los pies derechos del patio, cuando son de piedra; pero en las techumbres de madera, en los guarniciones de las puertas y en zócalos y pavimentos cerámicos, triunfaba el arte hispanomusulmán con su incomparable riqueza de formas y colores.

Generosa hospitalidad proporcionó el gran cardenal Mendoza a toda la familia real en 1485 en su palacio arzobispal de Alcalá de Henares, en cuya ocasión nació en él, el 15 de diciembre, la infanta doña Catalina. Probablemente se albergarían en el mismo edificio en sus anteriores estancias en

---

(1) *El príncipe que murió de amor*, por el Duque de Maura (Madrid, 1944), página 69.

1470—pocos meses después de su boda—1471 y 1475 en dicha villa. Volvieron a fines de junio de 1494 para ver a su gran amigo el cardenal, que estaba enfermo, y a principios de enero de 1495, asistiendo el 11 a su fallecimiento; de nuevo en el otoño de 1497, a poco de morir el príncipe don Juan. Una carta fechada el 30 de octubre, escrita por Pedro Mártir de Anglería al arzobispo de Granada, describe el dolor que los monarcas trataban de disimular; mirábanse mientras reposaban sentados en el patio, revelando en sus ojos la honda pena que los embargaba (1). La última visita de la reina a Alcalá fué en 1503; durante ella, el 10 de marzo, parió su hija la archiduquesa doña Juana, que ya daba síntomas de perturbación mental, al infante don Fernando.

En las reformas hechas en 1491 en las casas arzobispales de Alcalá intervino el alarife morisco Yuçaf Orejudo. Múltiples obras y secular abandono, seguidas de radical y fea restauración, obra del siglo pasado, y su incendio en fecha reciente, acabaron con el edificio. Su exterior era a principios del siglo XIX más de fortaleza que de mansión civil, pero los muros de sus grandes salones ostentaban profusas yeserías y los techos correspondían a la carpintería mudéjar.

En 1484, fué la reina con el cardenal Mendoza a Guadalajara, villa señorial de su noble familia, pasando en ella la Semana Santa, retraída por ser época de devoción. Volvió con el monarca en 1487, al regreso de la campaña victoriosa de Málaga, siendo obsequiados espléndidamente por el duque del Infantado. Se hospedarían en el palacio del cardenal, totalmente desaparecido, para el que figuran cuantiosos gastos («para la labor de las casas de Guadalajara») en las cuentas del prelado de los años 1486 a 1493, o en el del Infantado, cuyas incomparables techumbres mudéjares, orgullo del arte español, ardieron en nuestra última guerra civil. Este último también se edificaba por entonces; sobre la puerta figuraba la fecha de 1480, y en el patio, la de 1483; en la primera visita regia ya se recortarían sobre los muros del fondo las formas caprichosas de sus arcos de piedra.

---

(1) Maura, *El príncipe que murió de amor*, p. 196.

El palacio del cardenal, en la misma villa, mereció entusiastas ditirambos de dos extranjeros que lo vieron poco después de edificado: Münzer, a principios de 1495 y Felipe de Lalaing, en 1502. El primero dice ser una de las residencias más bellas de España, superior a las de los cardenales romanos que él conocía. mientras que juzga al palacio ducal construido más para la ostentación que atendiendo a la comodidad. De perfecta califica Lalaing a la casa del prelado, en contraste con el palacio del Infantado. La abundancia de oro y la rica policromía de aquélla, y el jardín, descritos por Münzer, permiten imaginar una obra semejante a las citadas, hecha probablemente por los mismos artistas del palacio, entre los cuales figuran varios moros mudéjares.

Entre los palacios de la nobleza en los que se albergó la reina, en pocos le sería la estancia más grata que en los de Ocaña y Torrijos, huésped en ambos del decano de sus servidores, don Gutierre de Cárdenas, negociador del matrimonio de los monarcas, comendador mayor de León, mayordomo y contador mayor, y de su mujer, y amiga íntima de aquélla, doña Teresa Enríquez, hija bastarda del almirante y prima del monarca. El valimiento real convirtió a don Gutierre en uno de los más ricos magnates de Castilla, y en sus extensas posesiones de la comarca toledana levantó esos dos palacios y rehizo los castillos de San Silvestre y Maqueda, que ostentan los escudos del matrimonio: los dos lobos pasantes de los Cárdenas y los dos castillos y el león de los Enríquez, junto con las SS, evocadoras de la conocida escena de la primera entrevista de Fernando e Isabel.

En Ocaña estuvo la princesa Isabel al regreso de su entrevista con Enrique IV en los toros de Guisando, desde fines de 1468 hasta agosto del año siguiente, cuando tenía dieciocho años. La villa, en la que se celebraron entonces Cortes, era feudo de uno de sus tutores, el marqués de Villena. Volvió a Ocaña en 1476, y de nuevo en 1498, con estancia prolongada ésta última, por la celebración de Cortes, para jurar al príncipe don Miguel, ocasión en la que estuvo muy enferma. Entonces ya se alojaría en el palacio de Cárdenas recién construido, en el que también recibió hospitalidad en setiembre

de 1502 Felipe el Hermoso ; su acompañante, el señor de Montigny, dice ser «uno de los más bellos de Castilla» (1).

Aún permanece en pie el palacio de Ocaña, pero en lamentable estado de abandono y ruina, a pesar de su inclusión en el Tesoro Artístico Nacional. Severa fachada toledana, zaguán amplio, patio mudéjar con pilares de ladrillo cuyos capiteles adornan escudos de los propietarios y conchas de Santiago, zapatas sosteniendo dinteles de madera, restos cada día que pasa más escasos de yeserías, techos mutilados: tales son las características más acusadas de este edificio ruinoso y abandonado, que por haber sido habitación de la gran reina y por su importancia artística, merece se ocupe el Estado con más celo de su conservación y adecentamiento.

Hace algo menos de cincuenta años fué derribado para vergüenza nuestra el palacio de Torrijos y aventados sus restos, botín de coleccionistas, chamarileros y anticuarios. En él pasó ocho días, en el otoño de 1502, la reina Isabel, espléndidamente alojada por don Gutierre de Cárdenas y su mujer (2), que tanto la debían. Edificárase a partir de 1482, fecha en la que adquirió el matrimonio el señorío de la villa, al mismo tiempo que su recinto amurallado. Era una construcción toledana del tipo del palacio de Ocaña, pero más rico, sobre todo sus techumbres. Los descendientes de don Gutierre, ya duques de Maqueda por concesión de los Reyes Católicos, quisieron remozar el palacio en tiempo de Felipe II poniéndole a la moda de la época, y al patio primitivo, probablemente de pilares de ladrillo y zapatas de madera, como los de los palacios de Ocaña y de Fuensalida, en Toledo, torpemente restaurado éste en fecha reciente, sustituyó otro con doble arquería sobre columnas clásicas ; la fachada también sufrió modificaciones, pero conservando la portada (3).

(1) Gachard, *Collection des voyages*, tome premier, p. 217.

(2) Félix de Llanos y Torriglia, *En el hogar de los Reyes Católicos* (Madrid, 1946), p. 71.

(3) *El palacio de Torrijos*, por don Enrique María Repullés y Vargas, segunda edición (Madrid, 1894). *El palacio de Torrijos* (en la revista *Por Esos Mundos*). La barbarie devastadora alcanzó a la parroquia de San Pedro en Torrijos, en cuya capilla mayor estaban sepultados los padres de don Gutierre de Cárdenas, y al convento de franciscanos de la misma villa, edificado por doña Teresa Enríquez después de la muerte de su marido en 1503, que parece era

En sus estancias en Burgos residían los monarcas en el palacio del Condestable, conocido por casa del Cordón. Conservó adusto aspecto medieval hasta que hace algunos años la apertura de múltiples huecos en sus muros exteriores y la adición de unos pesados miradores alteró bastante su aspecto primitivo. La levantaron a fines del siglo xv el condestable don Pedro Fernández de Velasco († 1492) y su mujer doña Mencía de Mendoza († 1500), segundos condes de Haro, según dice la inscripción grabada sobre la puerta en letras góticas. La arquitectura del exterior y de su severo patio es gótica, pero los desaparecidos techos y gran parte de la decoración interior serían mudéjares; sobre la gran puerta, un grueso cordón franciscano de piedra, que da nombre a la casa, dibuja el alfiz de tradición islámica. Intervino en su construcción el maestro carpintero Juan de Francia, moro convertido, antes llamado Alí de Francia (1). Ignórase dónde residió la reina Isabel en la primera estancia en Burgos de la que hay noticia, en 1475, cuando se rindió el castillo y estuvo en el santuario de San Juan de Ortega; en posterior visita, en 1494, albergóse ya en la casa del Cordón, sin duda recién construída. En ella tuvieron lugar, tres años después—en abril de 1497—, los esponsales del príncipe don Juan con la princesa doña Margarita de Austria; desde sus balcones presenció en esa ocasión la familia real, entre otras grandes fiestas y regocijos, corridas de toros bravos. En 1506, fué la noble mansión, desembarazada antes por el condestable, residencia de doña Juana y don Felipe el Hermoso, el que murió en ella.

Otros palacios y viviendas en los que habitó la reina Isabel, desaparecidos o de los que quedan muy escasos restos, como las casas de Juan de Vivero y su mujer doña María de Acuña, hija del conde de Buendía, en las afueras de Valladolid, en cuya «sala rica» tuvo lugar su boda el 19 de octubre de 1469, que ocupaban el solar en el que más tarde estuvo la Chancillería y hoy está la Audiencia; el palacio de don Pedro

---

una réplica reducida del toledano de San Juan de los Reyes y del que no queda el más insignificante resto.

(1) *La ciudad y castillo de Burgos*, por Teófilo López Mata (Burgos, s. a.), página 216.



de Acuña, conde de Buendía, suegro de doña Inés Enríquez, tía carnal de don Fernando, en Dueñas, escenario de su luna de miel y del nacimiento, el 2 de octubre de 1470, de la infanta Isabel; las casas del conde de Cifuentes, en Toledo; las de Pedro Lasso de la Vega, junto a San Andrés, en las que se albergaban los monarcas en sus estancias en Madrid, serían construcciones góticomudéjares, como las antes citadas. También sirvieron de estancia a la Reina Católica algunos castillos. En Arévalo su residencia más permanente fué como se dijo en los palacios de la plaza, pero tal vez vivió alguna temporada en la recién construida fortaleza. Aunque su muerte no fué en el castillo de la Mota de Medina del Campo, es seguro que en él recibió hospitalidad en varias ocasiones de su Alcaide don Gutierre de Cárdenas. Si en la primera visita de la soberana a Casarrubios del Monte ignoramos cuál sería su alojamiento, es seguro que en la realizada en el otoño de 1502 desde Torrijos viviría en el castillo edificado por el mayordomo y contador mayor desde 1475, don Gonzalo Chacón, hermano de la madre de don Gutierre de Cárdenas, «que había servido muy bien a la Reyna en todos los tiempos pasados» (1), al que ésta le había dado esa villa toledana al confiscarla a Juan de Oviedo, secretario que fué del rey don Enrique, por seguir la parcialidad de los portugueses.

Los tres castillos citados, el de la Mota de Medina del Campo, el de Arévalo y el de Casarrubios del Monte (2), son construcciones mudéjares de argamasa, paramentada de fábrica de ladrillo.

## VI. LAS RESIDENCIAS POSTERAS.

Hoy sabemos a ciencia cierta que la reina Isabel, agotada por una vida de actividad incesante, pródiga en hondas preocupaciones y grandes penas, gravemente enferma en el año 1504 en Medina del Campo, se trasladó desde el castillo de la Mota, cuyas estancias palaciales desaparecieron hace mucho

(1) Fernando del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, edic. y estudio por Juan de Mata Carriazo, vol. I (Madrid, 1943), p. 67.

(2) José M.<sup>a</sup> de Azcárate y Ristori, *Castillos toledanos del siglo XV* (Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones, LII, 1948, pp. 245-278).

tiempo, pero cuyo arte puede colegirse por los fragmente de yeserías mudéjares que en su interior vi en alguna ocasión, a los palacios de la plaza de San Antolín, en los que entregó su alma a Dios pocos meses después, a los 53 años de edad.

Aunque desaparecidos, a pesar de que Schaschek, que los visitó en 1466, dice de ellos que eran una casa amplia y labrada con magnificencia y riqueza, en la que habían nacido dos reyes (1), la modestia de su construcción no es dudosa. Pruébalo que algo menos de medio siglo después de fallecer en ellos la reina, en 1547, reinando su nieto el emperador Carlos V, los regidores de Medina pidieron y obtuvieron su cesión para instalar tan modesta oficina municipal como era el peso público y aprovechar al mismo tiempo sus ventanas para contemplar desde ellas las «fiestas e regocijos» que en la gran plaza se celebraran. ¡Triste suerte la de tantos edificios de nuestra Patria, escenario unos de grandes acontecimientos históricos, de importancia artística otros, que, como manirroto y pródigo herederos de un pasado glorioso hemos dejado desaparecer en los últimos siglos! Pero entonces, frente a la necia petición de los restantes regidores, no faltó la voz de un castellano de pro, el regidor más antiguo, Francisco Díaz de Mercado—su nombre merece recordarse—que protestó de la desenfadada profanación que se intentaba realizar. En lo que hoy llamaríamos voto particular dice no haber «casa en toda castilla a quien tanto acatam[ien]to se deva por ser tan antigua y [h]aver nascido en ella tantos Reyes y príncipes, como es not[o]r[i]a y no es justo que agora se tenga en m[en]os e aun q[ue] por más no fuese de [h]aver muerto en ella la muy alta e muy poderosa y esclarecida Reyna doña ysabel n[uest]ra señora de gloriosa memoria por q[ue] fué tanto el amor y voluntad q[ue] todos los Reyes [h]an tenydo a esta casa q[ue] ella quiso morir en ella» (2).

Las nobles palabras del medinense Díaz de Mercado quedaron perdidas en el legajo de un archivo, de donde han sido

(1) Fabié, *Viajes por España*, p. 76. Schaschek debía de formar parte de la servidumbre del barón León de Rosmithal de Blatna.

(2) F. de Llanos y Torriglia, *Isabel la Católica no murió en la Mota* (Bol. de la Real Acad. de la Historia, tomo CXI, Madrid, 1943, pp. 201-216).

extraídas en fecha reciente (3); un monarca de educación extranjera concedió el permiso solicitado por los restantes regidores, que desde entonces pudieron contemplar cómodamente las «fiestas e regocijos» celebrados en la plaza y economizar el importe del alquiler de la casa en la que estaba instalado el peso público. Después, vendría la decadencia del edificio, de muros de humilde construcción, su derribo en el siglo XVII o XVIII y la erección en su solar de un modesto ayuntamiento de no muy feliz traza y de otros edificios, aún de menor categoría.

Terminó, pues, su vida la gran reina en una vivienda modesta, que, de haberse conservado, tan sólo metafóricamente podríamos llamar palacio, poco más rica, al parecer, que la de Madrigal en que nació y la de la plaza del Rey de Arévalo en la que transcurrieron los primeros años de su vida.

Las tres eran, lo mismo que las restantes construcciones medievales de esas villas castellanas, obras de tapial, adobes y ladrillo, levantadas por moros mudéjares, como las otras habitadas por la reina que en páginas anteriores la apenas comenzada exploración de nuestros archivos ha revelado, edificaron.

Cumpliendo su voluntad, el cadáver de la soberana fué llevado «sin detenimiento alguno», «como estuviese, a la Cibdad de Granada», para ser sepultado «en el monaste[ri]o de Sant Franc[isc]o, que es en la Alhambra... vestido en el h[áb]ito del bienauenturado pobre de Ihu-Xto Sant Franc[isc]o, en vna sepultura baxa, q[ue] no tenga vulto alguno, saluo vna losa baxa en el suelo, llana, con sus letras esculpidas en ella» (2). Allí estuvieron unos años los restos mortales de la reina, grande en todo, hasta en su desprecio, tan cristiano y castellano, por las vanidades póstumas, hasta que, terminada la Capilla Real, fueron en 1521 llevados a ésta: tras

(1) Felipe de Lalaing, que conoció a la reina, escribió: «Et ordonna avoir entour elle, a son enterrement, non plus que XII ou XII torses (ciriales), et veult estre sépulturée non plus excellentement que la mendre gentile femme de ses pays, sans faire mention d'elle. Par quou on le conurit d'une pierre platte sans figure aulcune» (Gachard, *Collection des voyages*, tome premier, p. 227).

(2) Palabras del testamento de la reina, otorgado en Medina del Campo a 12 de octubre y 19 de noviembre de 1504.

su deseo de ser sepultada en San Francisco de la Alhambra, la soberana dice que si don Fernando dispusiese otro lugar para enterramiento de ambos se cumpla su voluntad.

En la sala del palacio musulmán, transformada en iglesia del modesto convento franciscano, permanecen aún las yeserías que la decoraban y los epígrafes, proclamando, en idioma arábigo, que tan sólo Dios, al que los islamitas llaman Alláh, es vencedor. Abandonada y ruinoso esa y las inmediatas estancias monásticas, en camino de seguir la misma suerte que los palacios de la plaza de Medina del Campo, al repararlas y excavar su suelo hace un cuarto de siglo, encontré la fosa, sepulcro de la reina durante diecisiete años. Desde entonces, «una losa baja, en el suelo, llana, con sus letras esculpidas en ella», como quería, recuerda el hecho (1).

La vida de la Reina Católica se desarrolló, pues, en gran parte en escenarios hispanomusulmanes y mudéjares, más orientales que de Occidente. Frecuente fué su trato con moros, tanto con los sometidos, habitantes en gran número en las ciudades cristianas, como con los enemigos vencidos del reino granadino. Reinando en una encrucijada histórica, al aconsejar en su testamento «no cesen en la conquista de Africa», manifestó su voluntad de proseguir una política de expansión al otro lado del Estrecho, pronto olvidada por los Austrias.

## VII. EL ARTE DE LAS FUNDACIONES REALES Y CORTESANAS.

A la honda transformación de ideas y costumbres operada en el reino castellano en el último tercio del siglo xv, acompañó otra artística, como siempre ocurre en circunstancias análogas.

Epoca de extraordinaria vitalidad, de orden y riqueza, en la que actúa una generación desbordante de energía, fué la del reinado de los Reyes Católicos; unidos Aragón y Castilla, terminó la Reconquista con la toma de Granada, el mismo año de 1492 en que Cristóbal Colón descubría un nuevo continente. Durante ese reinado, las formas complicadas y profu-

---

(1) En el ex convento se ha instalado después un Parador de Turismo.

sas del gótico flamígero, traídas en los años inmediatamente anteriores por artistas extranjeros, florecieron suntuosamente en la Península con características singulares, sin que se interrumpiera la llegada a ésta de otras del Norte. Los más destacados representantes de la nueva modalidad fueron Gil Siloé, nacido en Amberes y los hijos del alemán Juan de Colonia, del bretón Juan Guas y del flamenco Antón Egas, formados en España e influídos por un arte de raíz nacional, como es el mudéjar. Este y el último gótico norteño, próximo a extinguirse, coincidían en algunas de sus tendencias más acusadas, singularmente en la afición a la exuberancia y profusión ornamental y a las complicaciones decorativas. Nunca la arquitectura de Occidente estuvo tan próxima a la decoración hispanomusulmana, a su lujo ornamental, a su caprichoso barroquismo, a su despreocupación constructiva. Tal vez el genio hispánico no se expresó tampoco arquitectónicamente con tan compleja y atormentada originalidad y tan acusado anticlasicismo como en algunas obras de ese período que, por comprender aproximadamente los años de soberanía de la gran reina castellana (1474-1504), llamó Bertaux de «estilo Isabel».

Los elementos dirigentes de la vida española iniciaron entonces un lento y penoso proceso de unificación religiosa, a la que seguiría la política, en oposición a toda su historia medieval, con la expulsión de los judíos (1492).

En arte, a la zaga de otras actividades humanas, reinó todavía en los años finales del siglo xv y en el primer cuarto del siguiente absoluta libertad para acoger y aprovechar las formas más dispares, fusionadas a veces en síntesis magníficas, pero anárquicas. No sólo se unieron entonces a las góticas flamígeras septentrionales las hispanomusulmanes más o menos puras, que se resistían a desaparecer, como para hacerse perdonar su origen islámico; también se combinaron con las del Renacimiento italiano, que comenzaban a invadir la Península y acabarían imponiéndose. Formas góticas y renacientes mezcláronse, asimismo, a veces con exclusión de las andaluzas; las de las tres artes, amalgamadas en no pocas ocasiones, acreditan el poder de la asimilación de los artistas contemporáneos.

La decoración de la arquitectura peninsular fué entonces prodigiosamente fecunda. Los muros de piedra cubriéronse por completo de ornatos, como queriendo rivalizar con los revestidos de yeso bajo los que se ocultan los paramentos interiores de las pobres fábricas de ladrillo o tapial de la Alhambra y de los palacios mudéjares de Toledo y Sevilla ; motivos idénticos repítense rítmicamente en la misma forma que en el arte hispanomusulmán ; los arcos, recuadrados casi siempre por el alfiz, nunca tan a la moda como entonces, disfrazando algunas veces de pétreo cordón franciscano, fragmentarse en múltiples rectas y curvas cóncavas y convexas, copiando la forma de los de ladrillo y yeso de la Aljafería de Zaragoza, de los almohades y de los angrelados y de festones granadinos y se prolongan, desbordando sus límites naturales, para entrecruzarse en forma parecida a algunos de la mezquita de Córdoba y a los del palacio aragonés citado, para crear composiciones caprichosas y recargadas. En muchas de las decoraciones de este período hay, dentro del esquema gótico, un acusado acento oriental, producido, más que por el empleo de formas hispanomusulmanas, aunque no falten en ellas, por la manera como están dispuestas las occidentales, que las diferencia profundamente de las europeas contemporáneas.

Todo este arte Isabel es un producto cortesano, creado en fundaciones reales o de grandes señores, prelados varios de ellos, amantes de la pompa y del fausto, promovedores de lujosas fundaciones en las que ostentar sus escudos y que perpetuasen su recuerdo. Los tres artistas antes aludidos, Simón de Colonia, Juan Guas y Enrique Egas, difundieron por toda la Península el arte isabelino. La vida errabunda de los monarcas contribuyó a su expansión ; rara es la obra de él, palacio, capilla, retablo o monumento sepulcral que no se deba a iniciativa de algún personaje relacionado con los soberanos.

Entre las obras más destacadas de la arquitectura, o, mejor dicho, de la decoración arquitectónica isabelina, influidas por las de otras técnicas, singularmente por la de la talla en madera—los tres artistas eran a la vez escultores—, figuran, a más de los ya citados, San Juan de los Reyes de Toledo ; Santa Cruz y el Parral de Segovia ; el claustro del monasterio del Paular ; las fachadas de San Pablo y San Gregorio de Valla-

dolid y de Santa María de Aranda de Duero ; el trascoro de la catedral de Palencia ; la capilla del Condestable en la catedral de Burgos y la de los Vélez, en la de Murcia ; el palacio del Infantado en Guadalajara y el de Jabalquinto, hoy seminario, en Baeza, y los castillos de Belalcázar y Manzanares el Real.

### VIII. MUEBLES, ROPAS Y PRESEAS MUDÉJARES DE LA REINA ISABEL.

La lectura de inventarios de ajuares medievales españoles revela el uso por gentes de relevante posición social, cuyos bienes muebles aquéllos detallan, de ropas y preseas importadas junto a otras procedentes de la España islámica o hechas en la cristiana a imitación de aquéllas. Del estudio en serie de esos inventarios se deduce la progresiva disminución a fines de la edad media de los productos de la industria nacional, sustituidos por los exóticos, que acabarán por desplazarlos totalmente en el reinado de los Austrias.

Casi todas las vestiduras de reyes, príncipes y magnates eran, a fines del siglo XIII y en el XIV, como ha revelado la exhumación de varios de los enterrados, y últimamente de los que lo fueron en las Huelgas de Burgos y en la catedral de Toledo, de fabricación hispanomusulmana o mudéjar ; bastantes de los trajes y de las telas que usó la reina Isabel, sus familiares y cortesanos, procedían del extranjero.

Cuatro son los inventarios publicados que se refieren al ajuar de la soberana o enumeran el dado por ella a sus más inmediatos familiares: una lista de las «Joyas y cosas que los Reyes Católicos y el Príncipe dieron a la Serenísima Princesa Doña Margarita» (sin fecha) ; el «Libro de las joyas de oro y plata y otras cosas de la Cámara de Doña Margarita, Princesa de Castilla, entregadas a su Alteza en la ciudad de Granada» (1499) ; otra lista de las «Joyas de oro, reposteros y otros efectos que la Reina Doña Isabel envió a su hija Doña María, Reina de Portugal» (1500), y el «Libro de las cosas que están en el tesoro de los Alcázares de Segovia, en poder de Rodrigo de Tordesillas, el cual hizo Gaspar de Grizio por

mandato de la Reina Isabel» (1503) (1). Entre las ropas de hombre y de mujer y objetos inventariados en el alcázar segoviano, bastantes de ellos viejos, deteriorados y de escasísimo valor, los había procedentes de anteriores reinados; otros provendrían de botín guerrero o de regalos, como los hechos a los monarcas, según cuenta Diego de Valera, por Boabdil durante el asedio de Málaga (1487)—albarnoces y almaizares, entre otras cosas—y poco después por el Dordux, al entregar la ciudad—almaizares, albarnoces, almanafas (*sic*), camisas, ajorcas de oro y plata y otras joyas asaz ricas—(2).

Faltan casi por completo las ropas y objetos que es posible identificar como de fabricación nacional en los inventarios de la hija y la nuera de los monarcas. Abundaban, en cambio, en el tesoro de Segovia, mezclados con otros fabricados en Flandes, Francia, Inglaterra, Alemania e Italia. Algunos, como más adelante se detalla, procedían del norte africano.

No repugnaba doña Isabel engalanarse con prendas islámicas. Bernáldez refiere que al reunirse con el monarca en 1486, en la campaña en la que éste conquistó Illora, Moclín y Montefrío, llevaba la soberana un «vestido guarnecido morisco» (3). Cuanta Lalaing que en Toledo, el 31 de julio de 1502, Felipe el Hermoso, el condestable, el duque de Alba y otros se vistieron a la morisca para ver correr toros en la plaza del mercado (4).

Extraña encontrar registrados en los inventarios de los libros que pertenecieron a Isabel la Católica, tres arábigos, ya que no parece verosímil conociera esa lengua. Son una *Gramática* y otros dos titulados *Lucero de príncipes* y *Flores-*

(1) *Datos documentales para la historia del arte español*, III, *Inventarios reales* (Juan II a Juana la Loca), transcripción y prólogo por José Ferrandis (Madrid, 1943), pp. 25-169. No ha sido mi intención explotar exhaustivamente estos inventarios; tan sólo he tomado unas cuantas notas de ellos.

(2) Mosén Diego de Valera, *Crónica de los Reyes Católicos*, edic. y est. por Juan de Mata Carriazo (Madrid, 1927), pp. 257 y 270.

(3) *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel*. Escrita por el Bachiller Andrés Bernáldez, tomo I (Sevilla, 1869), p. 220.

(4) Gachard, *Collection des voyages*, tome premier, p. 194.



*ta del amante* (1). Estarían en la librería regia, más como curiosidad que con fines de recreo o adoctrinamiento.

Entre los muebles inventariados figuras mesas de madera, arquimesas, espejos, arcas y arquillas adornadas con taraceas de hueso negro y blanco y palo y ciprés algunas; de una arquilla se dice tener lazos de nácar. Aunque comenzaban por entonces a llegar a la Península muebles enriquecidos con esa técnica, procedentes de Flandes e Italia, es de presumir que las de los reyes salieran de talleres granadinos, en las que ese arte del embutido alcanzó rara perfección, o de los varios, hijuelas suyas, de la España cristiana.

Algunos de los tejidos mencionados en los inventarios proceden de importación septentrional, como son los de Holanda, Cambrai, Coutrai, lienzos de Flandes y ropa y lana de Londres. También figuran paño negro y sarga de Florencia e «ynpla romana». De la Península, hay ropa «destament negro de Valencia» y lienzo vizcaíno; serían también probablemente de fabricación nacional los tejidos de bocací (tela gorda, de hilo o algodón); damasco, terciopelo, zarzahan (seda fina como tafetán, listada de colores), tafetán (tela delgada de seda muy tupida que se tejía en Granada en el siglo xvi y verosímilmente en los anteriores).

De Oriente, de China, procedía el «azeituni»; su abundancia en este y otros inventarios abona la creencia de que se copió por los telares españoles; ignórase dónde se fabricaba chamelote, tejido hecho con la lana del camello. Empleábanse mucho en la época de los Reyes Católicos, a juzgar por estos y otros documentos, dos tejidos procedentes originariamente de Berbería, el «toneçi», es decir, tunecino; el «çebti», de Ceuta, aunque su fabricación a fines del siglo xv fuese peninsular. Ignórase cómo eran; el ceuti, de diferentes colores, se utilizaba para guarniciones, forros, delanteras de camas, vestiduras y jubones; a este último uso destinábase en la Corte del príncipe don Juan en Almazán, según refiere Fernández de Oviedo. Cuando doña Isabel era aún princesa heredera asistió a un baile, celebrado al presentarse la embajada que

---

(1) Francisco Javier Sánchez Cantón, *Libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica* (Madrid, 1950), pp. 36 y 85-86.

traía el Toisón a don Fernando, vestida de carmesí, con verdugado de cetí verde (1).

Entre las ropas de cama de los inventarios abundan las hechas con tejidos islámicos: paños de camas con forros de lienzo de «bocaçi» y almohadas con fundas de «bocaçi» azul; pabellones y sábanas—muy abundantes—de lienzo «tonoçi»; delanteras de cama de «çebti» negro, con los escudos de Castilla, León y Aragón, forrada en tafetán negro y de «çebti» carmesí; colchas de «brocado morisco de tripa bordada toda de castillos e leones de oro e plata hilado»; almohadas de «zar-zahan»; almohadas de «azeituni».

Había también delanteras de cama de colchas de Holanda y cobertores de cama de Flandes.

Del mobiliario formaban parte almohadas y cojines. Abundan en las listas utilizadas los de «cuero de guadameçin» redondos y cuadrados; de alguna de las almohadas redondas se dice que era de «asentar»; siguiendo la costumbre musulmana, aún viva en el siglo XVII, las mujeres se sentaban sobre cojines, en el estrado. También se citan almohadas de Alcaraz, sin duda de la misma labor que las alfombras hispanomusulmanas fabricadas en ese lugar. Y con ellas figuran mezclados cojines y almohadas de «ras», es decir, de Arras, o sea, de tapicería flamenca.

La numerosísima colección de ricos tapices de la soberana, decorados la mayoría con figuras, empleados sobre todo para colgar en los muros y de antepuertas, que transformaban un humilde aposento en estancia regia, componíase tan sólo de piezas extranjeras, ya que en la Península no se fabricaron hasta fecha mucho más avanzada (2). Pero en el alcázar de Segovia se guardaban «guadameçires», cuyas dimensiones,

(1) El hecho de existir la forma etimológica «cebtí» y la reducida «cetí», las dos para designar tejidos, permite asegurar provienen del árabe *sabtí*, es decir, «de Ceuta». En el siglo XVII se fabricaba en Valencia cetí y servía para medias blancas: «Cada onça de cetíes de Valencia para medias blancas, a siete reales y medio» (*Ced. Real* alquil. y precios, ed. 1680, f. 43 v.). (*Dic. de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces...*, por la Real Academia Española, tomo II [Madrid, 1729], p. 296). Debo esta nota a la cordial amistad de don Jaime Oliver Asín.

(2) Sánchez Cantón, *Libros, tapices y cuadros*, pp. 89-150.

—alguno alcanza siete por tres varas—permiten suponer sustituirían a los tapices flamencos en verano.

De alfombras, que acababan de enriquecer las estancias, ocultando suelos terrizos o de humildes losetas, figuran, junto a las de Flandes, abundantes «tonoçies» (tunecies), algunas de ruedas de colores y otras de los talleres mudéjares de Letur y Lietor. No consta de dónde procedían las «alfombras de estrado», con oro unas y otras sin él.

Entre los ornamentos y cosas de capilla los había hechos con seda colorada morisca ; un capillo con un escudo de «çebti» carmesí de las armas de Castilla, León y Aragón bordadas de aljofar ; tablas de retablo guarnecidas de «çebti» azul y un «festal» morisco de paño grana colorado.

Los inventarios citados nos permiten enterarnos, con indiscreta curiosidad, hasta de la ropa interior de las personas reales. En la de uso personal de la joven viuda no hay ninguna pieza salida de los telares españoles: camisas, bastantes de ellas adornadas con oro y sedas de colores ; camisones ; ceñideros ; peinadores ; cofias y toallas eran de Holanda ; había también camisas y un peinador de Cambrai. Pero, en cambio, en la fortaleza segoviana, en donde estaba uno de los guardarropas de la familia real, escaseaban las prendas hechas con telas procedentes de los países del Norte y abundaban las de forma hispanomusulmana y tejidos peninsulares y de Berbería. Camisas moriscas figuran dos, una de ellas blanca, de lienzo «tonoçi» ; otras tantas se inventarían bajo su nombre hispanoarábigo de alcandora, tan usado en nuestros textos literarios medievales, como en el picaresco romance

*Si venís de madrugada,  
Hallaréisme en alcandora.*

Una de las alcandoras era morisca o de lienzo morisco, con listas de cintas negras y blancas. Entre las camisas listadas, aunque no se exprese, algunas serían de Almería, ya que éstas aparecen en los inventarios de varios ajuares contemporáneos ; dos, por ejemplo, «da una con orillas verdes e moradas, e la otra con bla[n]cas e coloradas», en el de doña Ma-

ría Enríquez, duquesa de Alburquerque, hija del duque de Alba, hecho a su fallecimiento en 1479 (1).

De ropas exteriores conservábanse en Segovia como un muestrario de las usadas por los musulmanes españoles: zaraquíes moriscos de lienzo «tonoçi», calzones o bragas muy anchos, formando grandes pliegues, usados hasta hace poco tiempo por los maragatos y los campesinos de Valencia y Murcia; las almexias (especie de túnicas, de lienzo o de seda); marlotas (ceñidas al cuerpo, a modo de sayo vaquero, con mangas), de chamelote de «çebti» negro o de Courtrai; aljubas (casacas moriscas, especie de gabanes, con mangas cortas y estrechas); una era de zarzahan hecha toda de oro de tripa. Para colocar sobre la ropa había alquiceles (capas moriscas, generalmente blancas y de lana), y albornoces (capas cerradas, largas y holgadas, con su capilla o capucha, de tela impermeable).

Grande era la variedad de tocas. Entre las exóticas figuran cofias de Holanda y de Cambrai y tocas de mujer de este último lugar, junto a una toca «tonoçi» con orillas de seda blanca, de catorce varas de largo y una caperuza de fieltro de grana morisca. En mayor número se inventarían los tocados específicamente hispanoislámicos, como eran los alharemes o alfaremes, para cubrir la cabeza, de lino, entre los que los había de lienzo vizcaíno, «tonoçi» y morisco con vivos u orillas de sedas de colores y longitudes variables entre cinco y catorce varas y media y un ancho de dos tercios de vara, y los almaizares, de empleo parecido, pero que solían ser de seda delgada y listada de colores y orillas de distinto color, con los que se rodeaban la cabeza, dejando colgar los rapejos de los extremos sobre la espalda; la longitud de los inventariados varía entre dos y media y quince y media varas, y su ancho era igual al de los alfaremes (2).

(1) *Bosquejo biográfico de don Beltrán de la Cueva*, por Antonio Rodríguez Villa (Madrid, 1881), p. 239.

(2) Carmen Bernís—*El tocado masculino en Castilla durante el último cuarto del siglo XV* (*Arch. Esp. de Arte*, XXII, 1949, pp. 112-117)—sugiere que los alharemes, tocas exclusivamente masculinas, eran de tejido blanco, mientras los almaizares, usados por hombres y mujeres, se hacían con telas de rico colorido. Pero en el citado inventario de 1479, de la duquesa de Alburquerque, figu-

Respecto al calzado, figuran en el inventario de Segovia varios pares de borceguíes marroquíes y de «allende»; eran, según Covarrubias, botas moriscas con soletilla de cuero, sobre las que se calzaban chinelas o zapatos; un par de ellos «datilados» tenían las suelas claveteadas de latón. Ese calzado gozaba de dilatada fama, reflejada en el viejo romance

*Hele, hele por do viene  
El moro por la calçada,  
Borceguíes marroquíes  
Espuela de oro calçada.*

No extraña encontrar entre las joyas que figuran en los inventarios varias que puedan identificarse como granadinas, procedentes de regalos o de botín guerrero. Entre ellas había unas «bronchas» de oro, hechas «a manera de una rueda de relox», con labor de filigrana, dibujando un signo de Salomón, esmaltes y piedras engarzadas, que se decía perteneció a la reina Horra. Había también sortijas con letreros moriscos, es decir, letras árabes.

Entre las sillas de montar cítase una «gineta, de cuero marroquí datilado, que dizen fué de Miramamolín». De armas, enuméranse puñales y cuchillos o terciados moriscos; espa-

---

ra «un almayzar morisco blanco». Los alharemes eran de lienzo, nombre que se daba todavía un siglo después al tejido de lino (*Tesoro* de Covarrubias), en su color natural; los almaizares solían hacerse de sedas de colores, aunque a veces tejidas con lino. Los últimos se fabricaban en Granada, según el citado inventario («un almayzar nuevo de granata»), y en Almería, si damos crédito a las coplas, populares en el siglo XVI, «Abrasme Magdalenica»:

*Y traigo a Alonso joyero,  
que vive a la bolsería  
con tocas y un alnizclero,  
y un lindo espejo de acero,  
y almaizares de Almería.*

(Cita de F. Castro Guisasaia, *El esplendor de Almería en el siglo XI* [Almería, 1930], p. 137). La riqueza de materia y colorido de los almaizares explica que fueran objeto de regalo a personas reales; el tejido de lino de los alharemes consta que procedía, además de Vizcaya, de Sevilla; ignoro dónde se fabricaba el «tonoçb», labrado originariamente en Túnez.

das, puñales, cimitarras, cuchillos, aljabas y carcajes turquescos.

#### IX. EL ARTE DE BERBERÍA A FINES DEL SIGLO XV Y PRINCIPIOS DEL XVI.

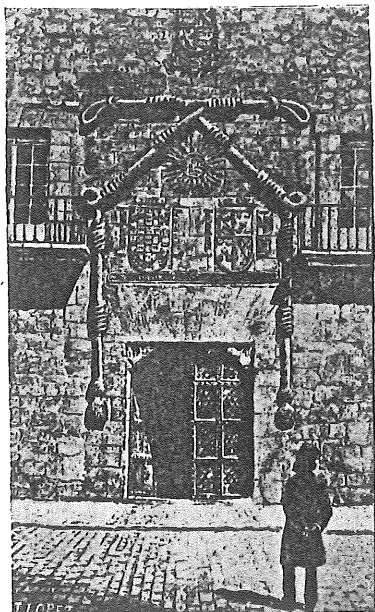
En el siglo XIV, al mismo tiempo que en la Granada nazari se levantaban la mayor parte de las construcciones de la Casa real de la Alhambra llegada a nuestros días, en el Magrib los monarcas Abu-l-Hasan y Abu-Inan edificaban muchos edificios de una arquitectura reflejo de la andaluza, pero con características propias. Tras esos monarcas, guerreros victoriosos, el Magrib permaneció entregado durante muchos años a estéril anarquía. Es inútil buscar en Berbería construcciones de alguna importancia artística contemporáneas de las levantadas en la España de los Reyes Católicos como resultado de la simbiosis de las góticas prósperas y las hispanomusulmanas. Tan sólo se citan, como construídas a fines del siglo XV, en Tremecén las pequeñas mezquitas de Sidi Senusi (año 1490=895) y Sidi Lahsen y la *qquba* de este último, y en Túnez la encantadora *zawiya* funeraria de Sidi Qasim al-Zalizi, con cerámica y cubierta de tejas, de inspiración francamente andaluza (1).

Desaparecidos con la conquista de Granada los últimos restos del movimiento cultural hispanomusulmán—insepulto cadáver a fines del siglo XV—, fecundador de Berbería desde hacía siglos, rota casi toda comunicación pacífica entre ambas orillas del Estrecho. proclamada por los marroquíes la guerra santa a consecuencia de la ocupación, intrascendente en todos los sentidos, de las ciudades marítimas africanas por españoles y portugueses, Marruecos vivió en adelante replegado sobre sí mismo, en un aislamiento voluntario, en regresión tanto la vida rural como la urbana, encerradas las disminuídas ciudades dentro de los estrechos límites de sus cercas.

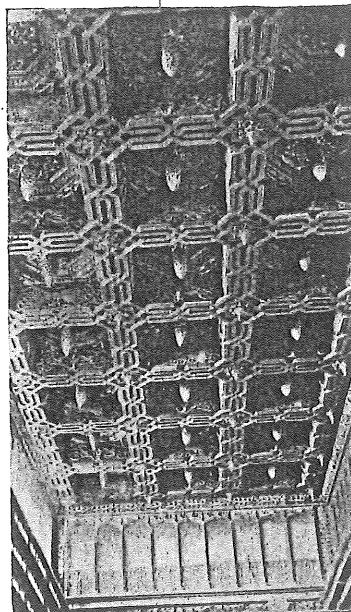
(1) William y Georges Marçais, *Les monuments arabes de Tlemcen* (París, 1903), pp. 318-323 y 340; *Les Villes d'Art célèbres, Tuntis et Kairouan*, por Georges Marçais (París, 1937), pp. 87-98; *La Berbérie orientale sous les Haf-sides* por Robert Brunschwig, tomo seg. (París, 1947), p. 414.

Cada una de ellas conservó celosamente, con fidelidad asombrosa, tradiciones artísticas de la Andalucía del siglo XIV, sin vida. No tenían mayor vitalidad las fórmulas que hasta el siglo XVIII subsistieron en algunos medios de arte popular en la España de los Austrias, al margen de las nuevas, creadas por la civilización occidental inspirándose en la antigüedad romana. Ambas corrientes, supervivencias o reliquias exangües de un arte que arraigó profundamente en la sensibilidad de ambos pueblos, el andaluz y el norteafricano, independientes, sin contacto alguno, vegetaron desde el siglo XV, como ocurre a todo movimiento artístico que acaba por encerrarse en sí mismo.

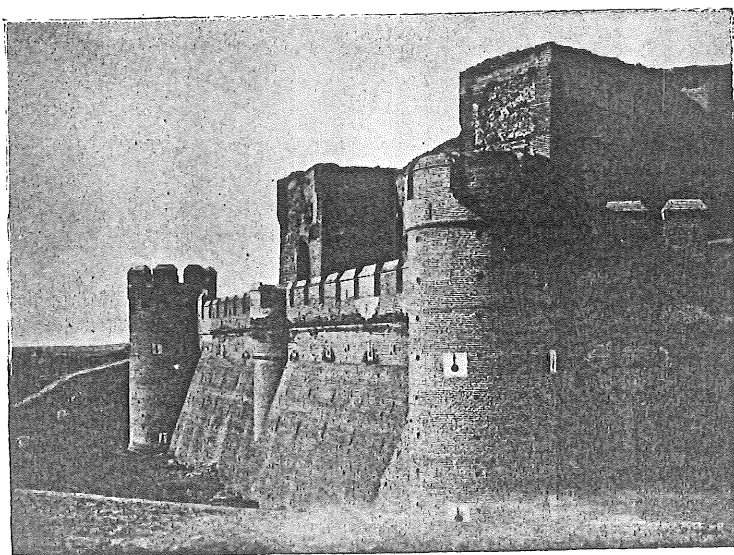
No es el momento presente, como lo fué el reinado de los Reyes Católicos, propicio a expansiones guerreras; hoy, el mandato testamentario de la soberana ha de cumplirse intentando fundir las esencias más vitales de las civilizaciones oriental y occidental, fusión alcanzada por la España de la edad media y transmitida al norte africano, donde lograron entonces germinación, extinta desde el momento que los mares del Estrecho dejaron de ser fácil camino para convertirse en profundo foso. Esa fórmula de africanismo noble y fecundo la aprendí en los lejanos años de la niñez de dos de los hombres que formaron parte del núcleo animador de las Sociedades de Geografía Comercial y Mercantil y de la Geográfica: don Joaquín Costa y mi padre, don Rafael Torres Campos.



*Burgos.—Portada de la Casa  
del Cordón.*

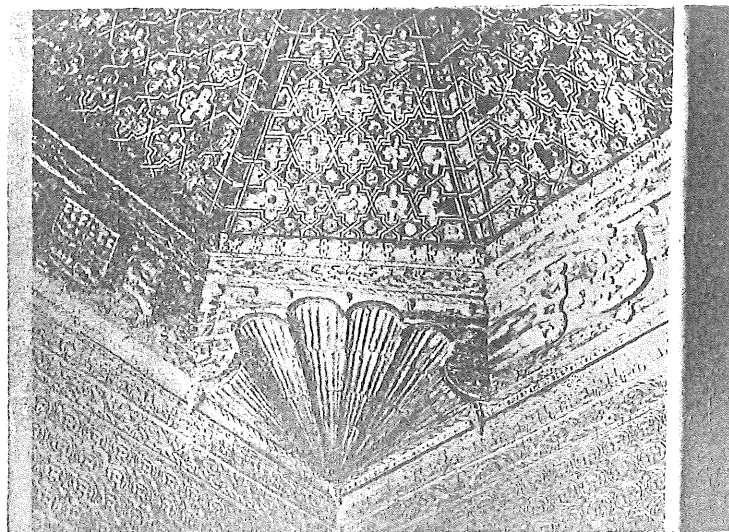


*Zaragoza.—Aljafería. Techo del  
Salón del Trono, fechado en 1492.*

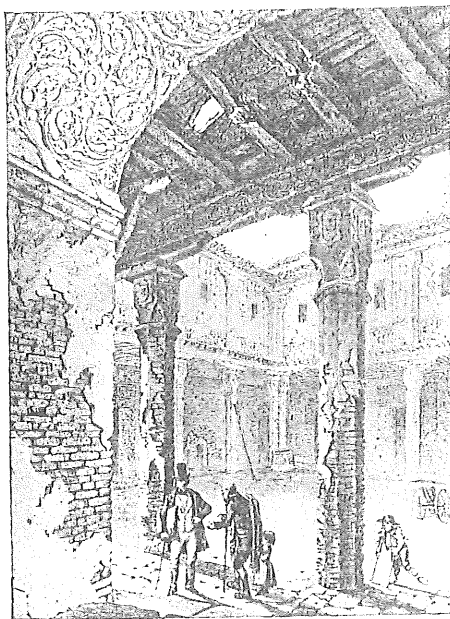


*Medina del Campo (Valladolid).—Castillo de la Mota.*

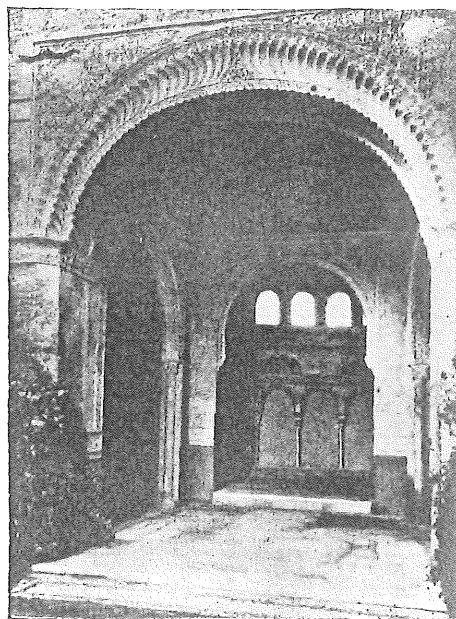




*Torrijos (Toledo). — Detalle del techo de un salón del palacio, desaparecido, de don Gutierre de Cárdenas.*



*Ocaña (Toledo). — Patio del palacio de don Gutierre de Cárdenas, a mediados del siglo XIX, según un dibujo de Parcerisa.*



*Granada. — Alhambra. Presbiterio de la Iglesia del Convento de San Francisco, bajo cuyo pavimento está la fosa en la que estuvieron provisionalmente los restos mortales de los Reyes Católicos.*